



Enrique Plasencia de la Parra

*Personajes y escenarios de la rebelión delahuertista
1923-1924*

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Miguel Ángel Porrúa

1998

324 + [XVI] p.

Ilustraciones y mapas

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 30)

ISBN 968-842-862-0

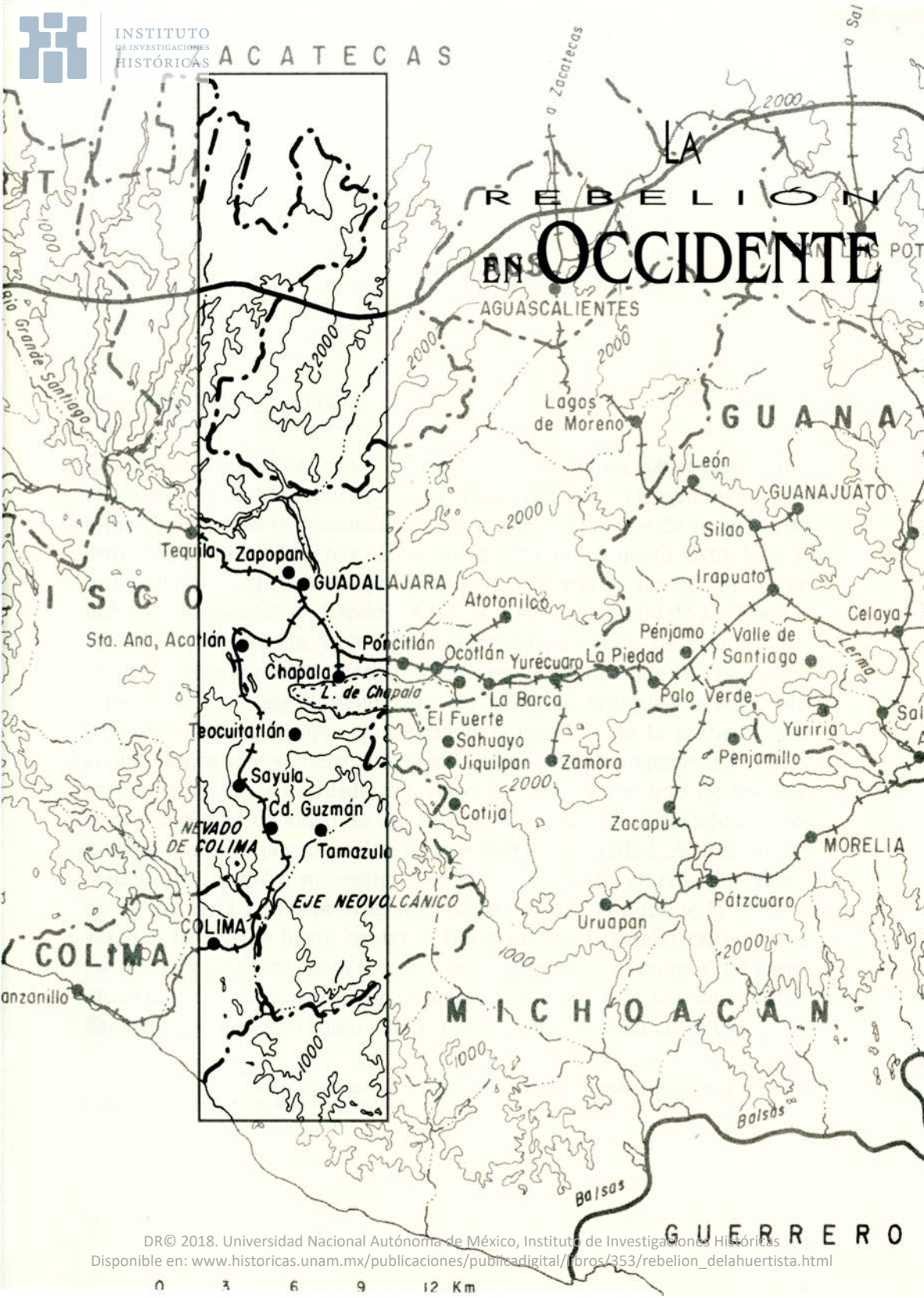
Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/353/rebelion_delahuertista.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México





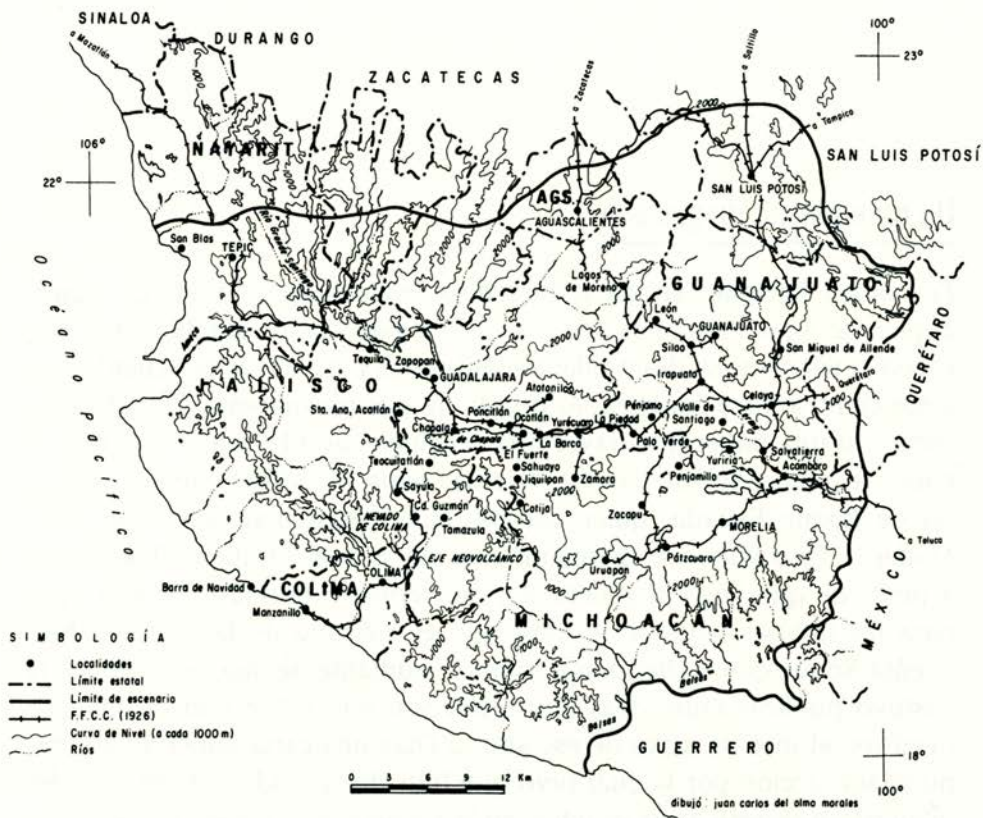
INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Un obregonista disgustado

EL GENERAL Enrique Estrada, a diferencia de Guadalupe Sánchez, se unió al plan de Agua Prieta por una convicción genuina, o cuando menos, no esperó a ver cómo se desarrollaban los hechos para actuar de acuerdo con éstos como lo hizo Sánchez. Al triunfo de este movimiento, Estrada aparecía con una impecable trayectoria revolucionaria (o sea que nunca se había “equivocado” de bando). Además tenía el prestigio de ser hermano de Roque Estrada, quien fue secretario particular de Francisco I. Madero.¹ Pero Roque se distinguió más en la política que en las armas, a pesar de que llegó al generalato. Su hermano Enrique fue más apto para las últimas, aunque no descuidó el ejercicio de la primera. Nos cuenta Roque que su hermano, siendo estudiante de ingeniería en 1911, sostuvo públicamente ideas antirreeleccionistas y fue uno de los que llevó (en el mes de mayo de ese año) a Díaz una carta pidiendo que renunciara, acción por la cual tuvo que huir de la ciudad. Al triunfo del maderismo regresó a sus estudios en la Escuela de Ingeniería. Fue alumno de artillería de Felipe Ángeles y colaboró con él durante la Decena Trágica. Más tarde luchó contra el huertismo en Guadalajara; estuvo a las órdenes de Lucio Blanco y de Álvaro Obregón.² Al triunfo del constitucionalismo fue gobernador y comandante militar de su estado natal, Zacatecas, alternando como jefe de operaciones en Michoacán y Colima.

¹G. José, *El relevo del...*, p. 125.

²Carta de Roque Estrada a la Secretaría de la Defensa Nacional para completar algunos datos (de 1910 a 1914) de la hoja de servicios de su hermano, 19 de noviembre de 1945, AHON-EE, f. 670-671.



2. Escenario Occidente

Como gobernador, apoyó la campaña presidencial de Obregón, pero sobre todo, se levantó en armas contra Carranza.³

Aquél, al asumir la Presidencia, designó como secretario de Guerra al que, decían de él, era el brazo derecho que le faltaba, su *alter ego*, Benjamín Hill; como subsecretario, nombró a Estrada. Hill era uno de los miembros más distinguidos del Partido Liberal Constitucionalista (PLC), asociación política que llevó a Obregón a la Presidencia y se perfilaba, según se decía entonces, como su lógico sucesor; pero dos semanas después de encargarse de la Secretaría, murió envenenado. Se sabía que Hill y Calles eran como el agua y el aceite, por lo cual las sospechas de esta muerte –no sería la única ni la última– recayeron en el flamante secretario de Gobernación. Con la muerte de Hill, Estrada quedó encargado del despacho de Guerra y Marina. El conflicto que Obregón tuvo más adelante con ese partido ocasionó una depuración en su gabinete. El motivo principal fue que esta agrupación política quiso imponer al caudillo un régimen parlamentario para el país, sugerencia que debió sonarle a herejía a un hombre que aprendía rápidamente a disfrutar del poder presidencial y que su paradigma de cómo ejercerlo estaba más cercano a Porfirio Díaz que a Madero. A raíz del intento por llevar esta propuesta a cabo, varios *peleceanos* fueron despedidos, como para reafirmar la facultad presidencial de remover a los miembros de su gabinete. Antonio I. Villarreal renunció a la Secretaría de Agricultura. Estrada dejó a su vez la Secretaría de Guerra y poco después Rafael Zubarán Capmany renunció a la de Industria Comercio y Trabajo.⁴ La dimisión de Estrada fue interpretada como un acto de solidaridad con Villarreal. Pero aquél negó tal cosa, reafirmando con el hecho de su nuevo nombramiento, sustituyendo precisamente a Villarreal. Pero Estrada, rompiendo las formas políticas de entonces (y que son parecidas a las actuales), estableció su postura con respecto al problema agrario: no creía en el ejido, lo veía como una forma arcaica y en cambio, consideraba que la pequeña propiedad era la solución al problema de la tenencia de la tierra en México.⁵

³Cabe aclarar que antes de esto, Estrada desairó, con su negativa a asistir, la Junta de Generales que pretendía dar carta blanca a Carranza sobre la sucesión presidencial. Matute, *La carrera...*, pp. 85 y 100.

⁴Zubarán presentó su renuncia el 26 de diciembre. *Excélsior*, 27 de diciembre de 1921. Dulles, *op. cit.*, pp. 124-127.

⁵Esto lo declaró a la prensa, *Excélsior*, 11 de diciembre de 1921; Hansis, *op. cit.*, pp. 232-233; Marte R. Gómez, *Historia de la Comisión Nacional Agraria*, Centro de Investigaciones Agrarias-Secretaría de Agricultura, México, 1975, pp. 291-298.

Una vez definido esto, señalaba a la prensa que dejaba en libertad al presidente para ratificar o, en su caso, revocar el nombramiento que como secretario de Agricultura ya había recibido Estrada. Con este acto ponía las condiciones bajo las cuales aceptaría el cargo. Obregón, viendo cuestionada su autoridad, no le quedó otro camino que desistir de ese nombramiento.

Este hecho tiene diversas interpretaciones. Pudo haber sido que, efectivamente, Estrada no deseara un cargo en el cual debería seguir políticas con las cuales no comulgaba, lo que deja una imagen muy favorable de él, pues contravenía la funesta costumbre –que José María Luis Mora llamó *empleomanía*– de ver el puesto público como un botín o como un trampolín político, del cual jamás había que apartarse, y como condición indispensable era no contravenir o incomodar nunca a sus superiores. Pero también es cierto que sabía que al renunciar a esta cartera no se quedaba en el limbo; muy por el contrario, es factible que viera el cargo como muy poca cosa para su nivel o, mejor aún, que lo considerara como un obstáculo para volver a mandar la poderosa Segunda División de Occidente, jefatura que efectivamente acabó prefiriendo por sobre la Secretaría de Agricultura. Así, el general zacatecano probaba las mieles de la administración obregonista y decidía mejor regresarse a Guadalajara. Además, su efímero y accidental paso por la Secretaría de Guerra lo enfrentó con una política con la que tampoco estaba de acuerdo Estrada: la reducción del Ejército, tarea a la que se abocaría con mayor determinación el sonorenses y ex jefe del estado mayor de Obregón, Francisco Serrano. Para dar una idea de cómo le atraía el mando de la Segunda División, basta con señalar que unos días antes de tomar posesión de su cargo como subsecretario de Guerra, prácticamente se escapó a Guadalajara para arreglar asuntos del servicio, y pretendía incluso regresar después del 1o. de diciembre. Obregón lo obligó a regresar a la capital y asistir al acto protocolario.⁶

Al calentarse el tema de la sucesión presidencial, varios militares descontentos con el régimen buscaron influir en tan trascendente cuestión. Cuando se definió que Obregón apoyaría a su secretario de

⁶ Señalo que se escapó porque pidió permiso a Obregón para ausentarse pero, sin esperar respuesta, salió rumbo a Guadalajara; finalmente sí llegó a la ciudad de México para el 1o. de diciembre. ACT-FAO, exp. E-14, inv. 2269, f. 11-14.

Gobernación, las protestas comenzaron a oírse con mayor fuerza. Los pretorianos buscaron consensos, pero sólo encontraron uno: su odio profundo hacia Plutarco Elías Calles.

A principios de 1923 se creó la “Unión de Militares de Origen Revolucionario 1910-1913”, siendo sus principales dirigentes los generales Salvador Alvarado, Estrada, Guadalupe Sánchez, Antonio I. Villarreal, Marcial Cavazos, Manuel García Vigil, Manuel M. Diéguez, Rafael Buelna y Cándido Aguilar.⁷ Todos ellos se unirían después a la rebelión delahuertista. Una de las reuniones de este grupo se dio en Guadalajara, bajo los auspicios de Estrada. Según parece, Obregón intentó “cañonear” a dichos jefes con 25,000 pesos a cada uno, pero no les llegó al precio.⁸ Las reuniones continuaron y Serrano se veía obligado a recordar continuamente que la Ordenanza Militar prohibía a los militares en activo participar en política. En respuesta a estos llamados, Estrada señalaba que el hecho de serlo no les quitaba su calidad de ciudadanos con derechos políticos; recordaba el destacado papel de los militares en la Revolución y en seguida sostenía que quién mejor que ellos para dirigir los destinos de la patria.⁹

Enrique representaba al militar poderoso, con mando de tropa y gran poder en una región, dispuesto a cuestionar las políticas presidenciales. En cambio Roque, que tampoco tenía pelos en la lengua para hablarle con franqueza al presidente, aglutinaba los intereses de otros jefes revolucionarios, pero que por ser contrarios al régimen obregonista, no mandaban más que a unos cuantos seguidores, aunque algunos de ellos tenían fama en varias regiones del país. Éstos eran Antonio I. Villarreal, Salvador Alvarado y Raúl Madero, todos ellos con ambiciones presidenciales. Roque, que también las tenía, deseaba primero que nada dirimir las diferencias entre ellos para obtener una candidatura única. Como De la Huerta se mantenía indeciso, estos militares eligieron finalmente a Raúl Madero. Al decidirse finalmente el ex secretario de Hacienda, la candidatura de Madero perdió todo sentido y, con ella, la tan ansiada unión revolucionaria. Pero fue la temprana opción militar (antes de las elecciones y por tanto antes de que se consumara las tantas veces denunciada

⁷José, *El relevo del...*, p. 18.

⁸*Idem*, p. 21.

⁹*El Universal*, 3 de junio de 1923, citado en *Idem*, p. 23.

imposición), lo que representó la diferencia entre ambos hermanos. Roque no estaba de acuerdo con ella mientras que Enrique, tal vez por sentirse acorralado, acabó escogiendo esta última.

La Segunda División del Noroeste

Durante la presidencia de Obregón, la organización del Ejército todavía conservaba mucho de la estructura que tenía durante la Revolución. Uno de los Cuerpos de Ejército que se mantenía intacto era el de la Segunda División del Noroeste, cuyo jefe había sido Manuel M. Diéguez, y quien perdió el poder político y militar que tenía en Jalisco al mantenerse leal a Carranza.

Cuando se confirmó que Enrique Estrada ya no sería secretario de Agricultura, se le encomendó la sexta jefatura de operaciones, que incluía los estados de Jalisco, Colima, Zacatecas, Aguascalientes, Guanajuato y Michoacán, jefatura que, con esa denominación, era en realidad la famosa Segunda División de Diéguez.¹⁰ Al igual que él, Estrada fue creando un gran poder a su alrededor, mismo que comenzó a forjar en Zacatecas cuando fue gobernador y, cuando dejó de serlo, seguía conservando gran influencia en esa entidad. Le pedían empleos o recomendaciones, su opinión sobre candidatos a diputados; halagaban su vanidad diciéndole cosas como ésta: “he tenido oportunidad de hablar con algunas de tus amigas y me encargan te diga que cuándo vienes a hacerles la fiesta que les prometiste, agregan que no te la perdonan”. Se le consideraba, desde entonces, como un militar que no acostumbraba fusilar a los prisioneros: en una ocasión, durante la lucha revolucionaria, había dicho a uno de ellos que no lo fusilaba porque le servía más vivo que muerto.¹¹

Estrada valoraba en gran medida las alianzas y se servía de ellas. De esta manera el poder económico que llegó a tener lo fue formando en su estado natal. Cuando era gobernador facilitaba que diversas compañías

¹⁰ Acuerdo presidencial, 12 de enero de 1922, AHDN-EE, f. 270; Jaime E. Tamayo Rodríguez y Laura P. Romero Miranda, *La rebelión estradista y el movimiento campesino, 1923-1924*, CEHAM, México, 1983, p. 26.

¹¹ Aunque no se aclara la razón de esto último, es de suponerse que el beneficio consistía en solicitar asiduamente préstamos forzosos. Varias cartas entre Estrada y José del Hoyo (Zacatecas), julio y agosto de 1920, AHDN-EE, f. 727, 742.

mineras pudieran poseer dinamita y transportar el mineral por ferrocarril.¹² Al presidente Adolfo de la Huerta le pedía desde Guadalajara que los Ferrocarriles Nacionales le proporcionaran a la Bote Company cuando menos tres carros semanales para transportar el carbón obtenido de las minas en Zacatecas.¹³ En ese año Benjamín Hill le propuso entrar a un negocio “redondo”: participar como accionista en una compañía irrigadora –cuyo propietario era Hill– y comprando tierras en un distrito que sería irrigado por esa compañía, y que dejaría a su poseedor ganancias de 250 a 500 pesos al año y por hectárea. En este caso, Estrada se excusó diciendo que había que esperar hasta que pasaran las elecciones presidenciales, y sólo compró una acción cuyo valor era de 1,000 pesos.¹⁴

Las prerrogativas que tenía como jefe militar las aprovechó Estrada, como lo hicieron muchos generales durante el obregonismo. Una de ellas fue girar órdenes de pago en favor de individuos que ya habían causado baja en el Ejército y, por tanto, era muy probable que el dinero fuese para él.¹⁵ También se acostumbraba lucrar con el dinero que se daba para caballos.¹⁶ Los jefes procuraban viajar a la capital del país, por “asuntos del servicio”, ya que el Ministerio les pagaba viáticos sumamente generosos, pues en muchas ocasiones viajaban con todo su estado mayor. Para cada viaje, en promedio, les daban 2,000 pesos.¹⁷

Un gobernador contra un jefe militar

Antes de que Obregón decidiera acabar con el enorme poder del jefe de la Segunda División, un acérrimo enemigo de aquél, Francisco J. Múgica, ya lo había cuestionado. Siendo gobernador de Michoacán había asumido una postura autonomista con respecto al gobierno central, pues éste había preferido apoyar al candidato del gobernador saliente, Pascual

¹²Existen en su expediente numerosos permisos que concede como gobernador, sobre todo del año 1916, AHDN-EE.

¹³Estrada a De la Huerta, 26 de agosto de 1920, AHDN-EE, f. 758.

¹⁴Telegramas entre Hill y Estrada, septiembre de 1920, AHDN-EE, f. 787, 789.

¹⁵Secretaría de Hacienda a Secretaría de Guerra, 5 de agosto de 1920, AHDN-EE, f. 221.

¹⁶El 10. de junio de 1923 Guerra pedía a los generales Estrada, Rafael Buelna, José D. Ramírez Garrido y Gustavo A. Salas reintegrar distintas cantidades que les fueron dadas por este concepto, y que no correspondía a lo originalmente otorgado, AHDN-EE, f. 332, 337.

¹⁷En su expediente hay este tipo de cobros de los años 1920, 1922 y 1923, AHDN-EE, f. 449-452, 527, 540-542.

Ortiz Rubio, y no a Múgica. Después de las elecciones los dos candidatos se declararon gobernadores electos, reduciéndose la solución a quién lograda ocupar primero el palacio de gobierno. Gracias a que el general Lázaro Cárdenas, jefe de operaciones en el estado, retiró las fuerzas federales del palacio, fue que Múgica pudo ocuparlo y con ello asumir la gubernatura. Esta actitud de Cárdenas le valió su remoción.¹⁸ Con este cambio, el gobernador supo que no podía contar con las fuerzas federales para proteger su gobierno. En este contexto se entiende su preocupación por el enorme poder de Estrada. En una carta a la Secretaría de Guerra cuestionaba la creación de una jefatura cuya jurisdicción abarcaba seis entidades. La dependencia se limitó a responder que el nombramiento “se hizo con el objeto de mejorar el servicio, debiendo quedar a sus órdenes los jefes de operaciones locales respectivos”.¹⁹ Pero Múgica se sentía cada vez más acosado por los latifundistas locales a los cuales su gobierno quería afectar e insistía:

...como el estado cuyos destinos rijo, se encuentra grandemente interesado en saber las atribuciones del referido divisionario, me permito insistir en que se dé a conocer al gobierno local la autoridad que va a ejercer el tantas veces indicado general Estrada sobre las fuerzas que guarnece el estado, en vista de que dicho militar es enemigo del gobierno de éste, como lo ha comprobado en varias ocasiones. Si sus funciones se relacionan exclusivamente con la técnica de la institución, no generaría grave inconveniente para el estado; pero si va a tener facultades para remover los diversos jefes que en él operan, sí puede causar un grave peligro para esta entidad y, en tal caso, este ejecutivo suplicaría a usted muy atentamente la designación de otra persona.²⁰

Otro incidente ocurrió pocos días después. Estrada, en un gesto teatral tan característico en él, retó a duelo a Múgica por una publicación del gobierno de Michoacán en la cual, según él, se le injuriaba. Le señalaba que su honor de militar y caballero lo obligaban,

¹⁸Sobre esta gubernatura véase Jorge Zepeda Patterson, “Los caudillos de Michoacán: Francisco J. Múgica y Lázaro Cárdenas”, en Carlos Martínez Assad (coord.), *Estadistas, caciques y caudillos*, México, UNAM, 1988, pp. 246-250.

¹⁹Múgica a Secretaría de Guerra, 24 de enero de 1922, y Carlos A. Vidal a Múgica, 7 de febrero, AHDN-EE, f. 276, 277.

²⁰Múgica a Secretaría de Guerra, 15 de febrero de 1922, AHDN-EE, f. 278.



...no siquiera a pretexto de que se lo impidan sus obligaciones como primer magistrado del estado, pues ya ve usted que yo con agrado me quito, para usted, casi mi investidura de jefe militar de esta zona, para proporcionarle mucho placer de desahogar sus pasiones en la única forma en que pueden hacerlo dos caballeros y militares.²¹

El gobernador, sensatamente, decidió no asistir al lugar donde se realizaría el duelo. Pero el clima político seguía en ascenso y finalmente Múgica se vio obligado a pedir licencia, ya que al estallar una rebelión en su contra, la cual en una situación normal no ponía en peligro a su gobierno, sí lo comprometía con un jefe militar que, siguiendo las instrucciones del presidente, no estaba dispuesto a defenderlo. Al jefe de operaciones local, general Luis Gutiérrez, se le ordenó salir de la capital con sus fuerzas, hecho que hizo imposible la estancia de Múgica en el poder.²² Vemos así cómo en ese tiempo el jefe militar podía determinar quién quedaba y quién dejaba una gubernatura. Fue gracias a Cárdenas que Múgica pudo ocupar el cargo de gobernador, pero de la misma manera, por el retiro de aquél, debió abandonar el cargo.

Cuando estalló la rebelión contra Múgica y todo parecía indicar su caída, Adolfo de la Huerta sugería, para ayudarlo, que Cárdenas regresara al gobierno del estado:

Consideramos aquí que resurrección Lázaro es indiscutiblemente la única buena solución para posición nuestro amigo[Múgica]. Requisito de antigüedad no debe tomarse en cuenta por los antecedentes de haber ocupado anteriormente el mismo puesto. Hay, además, la circunstancia de que nadie protestaría alegando este detalle porque es un hombre bien querido que irá accidentalmente a esa entidad.²³

Pero lo que menos quería Obregón era salvar a Múgica, y lo único que logró De la Huerta fue que en lugar de desaforarlo, se le aceptara la licencia por un año. Más allá de la intención de salvar a un gobernador

²¹Estrada a Múgica, 28 de febrero 1922, citado en Alberto Bremauntz, *Material Histórico. De Obregón a Cárdenas. Melchor Ocampo*, s.e., México, 1973, pp. 57-58.

²²La licencia es del 9 de marzo. Alfonso Taracena, *La verdadera Revolución mexicana. Octava etapa, 1921-1923*, Jus, México, 1962, pp. 67-70.

²³De la Huerta a Juan Álvarez del Castillo, 7 de marzo de 1922, citado en Bremauntz, *op. cit.*, pp. 79-80.

en problemas, habría que pensar en el tipo de solución que proponía el secretario de Hacienda y, en ese momento, aspirante natural a la Presidencia de la República. Proponía que alguien que *ya había sido* gobernador, lo fuese de nuevo, más que para salvar a Múgica, para salvar a Michoacán. Es posible que esta propuesta fuese agradable para don Adolfo, pues se identificaba con ella: en su fuero interno, tal vez también pensaba que su posible candidatura, él, que ya había sido presidente, era necesaria para “salvar” a México. Por eso, tal vez fue hasta el último momento, cuando las cosas estaban candentes –como lo estuvieron en Michoacán en 1922–, que aceptó finalmente su postulación. Pero la “resurrección de Lázaro” se dio de otra manera, y no en los términos políticos a los que se refería De la Huerta.

Dos actores en escena

Sin duda que no fue la opinión de Múgica la que llevó a Obregón a suprimir aquella inmensa jefatura de operaciones. Fue más bien la actitud anticallista que comenzó a demostrar Estrada a comienzos de 1923 y que se expresó en las reuniones de la “Unión de Militares de Origen Revolucionario”. Pocos días después de la junta que la Unión realizó en Guadalajara, Estrada recibió el acuerdo por el cual se disolvía la ex Segunda División, dejando a éste sólo con jurisdicción en Jalisco. Este acuerdo era parte de una reforma cuya finalidad era debilitar a varios caudillos militares: de 20 jefaturas de operaciones existentes, se pasó a 35.²⁴ Por esas mismas fechas el presidente y Estrada arreglaban una visita que el primero haría a Guadalajara para asistir a una fiesta hípica.²⁵

Una maniobra seguida por Obregón fue mover regimientos y batallones, quitando el mando a los jefes que consideraba eran más adictos al zacatecano. La “profesionalización” de las fuerzas armadas sirvió, cuando menos en este caso, más como una excusa que como un fin. Al quitarle a uno de ellos para darle otra comisión, Estrada intentó sin éxito

²⁴ Acuerdo de 21 de febrero de 1923 para tomar efecto a partir del primero de marzo, AHDN-EE, f. 317; Enrique Arriola, *La rebelión delahuertista*, Martín Casillas-SEP, México, 1983, pp. 28-30; Brush, *op. cit.*, p. 167.

²⁵ Estrada a Obregón, 23 de febrero de 1923, AGN, 101-R2-H, leg. III, f. 109; Obregón a Estrada, 1o. de marzo, *Idem*, f. 106-107.

que otro militar allegado a él lo sustituyera.²⁶ En Irapuato, el presidente estableció un campo de concentración que supuestamente funcionaría como campo de instrucción para la tropa, pero que en realidad servía para mantener cerca de Jalisco fuerzas adictas al gobierno e independientes de Estrada. Varios batallones de la ex Segunda División fueron trasladados a ese lugar.²⁷

A pesar de estos golpes, Estrada fue muy hábil, ya que de los nuevos jefes, varios se unieron a la rebelión de diciembre: los de Colima y Zacatecas, permaneciendo fieles al gobierno los de Guanajuato, Michoacán y Aguascalientes (aunque varias corporaciones de estas entidades sí se rebelaron).

En el mes de abril, el ahora sólo jefe de operaciones militares en Jalisco, se trasladó a la capital del país y con este viaje dejaba muy clara su postura ante el presidente. En una entrevista que tuvo con él le advirtió:

Si esta situación prevalece [la imposición de la candidatura de Calles] se plantea para todos los ciudadanos y principalmente para nosotros este dilema: *envilecimiento o rebeldía...* y espero que no necesite usted que le exprese cuál será mi decisión.²⁸

Estas duras palabras aparentemente no afectaron la amistad entre ambos. En Estrada pudo haber sido hipocresía, aunque también una leve esperanza en que Obregón rectificara. Por parte de éste pudo tratarse –aunque me parece poco probable–, de no traicionar esa amistad a menos que Estrada la traicionase primero (o sea que se rebelara). Más bien tiendo a creer que en su fuero interno, Obregón entendía el anticallismo acendrado del zacatecano. Su postura convertía al presidente en un elemento clave para después de concluido su periodo, ya que había pocos como él para controlar a este tipo de jefes militares. Pero mejor aún en caso de una rebelión, pues sabía que sólo él podría combatirla

²⁶Se trataba del coronel José G. Márquez, jefe del 37o. batallón, quien fue nombrado director de la escuela de infantería del Colegio Militar; el recomendado para sustituirlo era Calixto Ramírez Garrido. Ambos militares se unieron a la rebelión estradista. Estrada a Obregón, 8 de junio de 1923, AHDN-EE, f. 458.

²⁷Miguel Ulloa, *Mis recuerdos de la Revolución delahuertista en occidente, 1923-1924*, Border Printing Co., El Paso, 1925, p. 14.

²⁸Roque Estrada, *Los señores presidentes (ensambles históricos)*, Editorial Chapultepec, México, 1976, p. 143. Aquí reproduce la conversación que su hermano tuvo con Obregón, la cual le contó aquél. No obstante esto, es conveniente señalar que Roque tuvo también conversaciones de política con el presidente, y señala que éste no veía mal que se le hablara con franqueza.

con éxito y no su candidato que era un militar de oficina, de quien pensaba que era “el general menos general entre los generales”.²⁹ Por eso siguió participando en el juego de Estrada... y éste en el de Obregón.

En la visita a la ciudad México ya señalada, Estrada se entrevistó con el coronel José Álvarez, quien era jefe del estado mayor del general Joaquín Amaro. Según Monroy Durán, Estrada le habló de una rebelión en contra del gobierno, alegando el perjuicio que distintos generales habían sufrido con la nueva demarcación militar, invitando a Amaro, por conducto de Álvarez, a unirse a los preparativos. De esto se enteraron casi de inmediato Calles y Obregón.³⁰ Por otro lado, Estrada manifestaba a éste su inconformidad con la nueva división, pero aclaraba que antes que nada estaba su fidelidad a las instituciones y al presidente, cosa que éste le agradeció.³¹

Tras el papel que ambos desempeñaban magistralmente, había entre bambalinas movimientos ocultos que denotaban las verdaderas intenciones de este par de buenos actores. Ya señalamos el intento por atraer a Amaro. Pero Obregón (y Calles) no se quedaba atrás: a mediados de julio Estrada planeaba hacer un viaje a México acompañado de su prometida, mismo que canceló por haber recibido un anónimo –le contaba a su hermano– que decía que “se había determinado *hacernos desaparecer* a Francisco Villa, a Guadalupe Sánchez y a mí. Le di crédito al *anónimo* porque me han resultado ciertos otros que parecían de la misma procedencia por la forma, el papel y el tipo de máquina”. Cuatro días después de esto fue asesinado Pancho Villa.³²

Por aquellos días Estrada, en colaboración con Manuel M. Diéguez y José Rentería Luviano, con dinero de hacendados de Michoacán y Jalisco, adquirirían pertrechos militares que escondían, al tiempo que preparaban grupos armados para una rebelión.³³

Pero la farsa continuaba. Obregón había dado a conocer su postura de que ningún funcionario del gobierno debería intervenir en la política elec-

²⁹ Enrique Krauze, *Reformador desde el origen*. Plutarco E. Calles, FCE, México, 1992, p. 44.

³⁰ Monroy Durán señala que esta reunión, a la que también asistieron Alvarado, Villanueva Garza, José D. Ramírez Garrido y un representante del general Ángel Flores, se efectuó en abril de 1922, lo cual es imposible porque señala que uno de los motivos era la reforma de las jefaturas, y ésta se realizó en 1923; por lo tanto es lógico que la reunión se haya verificado en abril de 1923, *op. cit.*, pp. 104-105. Por otro lado, Roque Estrada confirma que su hermano estuvo en la capital del país en estos días, *op. cit.*, p. 142.

³¹ Estos telegramas son de mayo de 1923, citado en Hansis, *op. cit.*, pp. 233-234.

³² R. Estrada, *op. cit.*, pp. 148-149.

³³ Esto según un informe anónimo “Asuntos michoacanos”, citado en Brush, *op. cit.*, p. 54n.

toral, y mucho menos los miembros activos del Ejército. La pedrada estaba destinada (entre otros) al general zacatecano. Pero esta declaración contravenía lo que en realidad estaba sucediendo: el apoyo descarado de la administración obregonista a la campaña de Calles. Así lo entendió Estrada y por ello escribió al presidente una crítica disfrazada de elogio:

Alguna vez usted me hizo el honor de oírme en algo que la opinión pública estimaba desfavorable a nuestro gobierno. En ese tiempo usted me indicó que debería yo considerar como un deber, transmitirle informes desapasionados en casos de trascendencia. Hoy me permito la satisfacción de comunicarle algo en sentido opuesto, y es el efecto favorable y moralizador que ha causado en la opinión la doctrina expuesta por usted de que NINGÚN FUNCIONARIO, MIENTRAS LO SEA, TIENE DERECHO A INTERVENIR EN LA POLÍTICA ELECTORAL. Si esto es cierto para funcionarios, diez veces es más cierto tratándose del Ejército, lo cual será debidamente aprovechado para la absoluta moralización del mismo ejército en este sentido. Me permito hacerle notar que me he limitado a transcribirle el dato, ya que no me tomaría la presunción de ser yo quien califique los actos de usted; pero es muy posible que teniendo usted en cuenta viejos antecedentes, le será agradable conocer que en nosotros encuentra un eco hondo de una doctrina por usted expuesta.³⁴

Con un claro doble lenguaje, Estrada alababa esta disposición para darle a entender que el presidente era el primero en no cumplirla, por tanto quedaría implícita la pregunta y con ella su justificación: si eso hace el Presidente, ¿qué puede esperar de los miembros del Ejército? Esta lectura no la hizo –o no la quiso hacer– Obregón.

En los meses siguientes ambos continuaron actuando sus papeles. Estrada recibió por acuerdo presidencial 15,000 pesos, sin que hubiese motivo administrativo alguno.³⁵ Cuando, por motivos de salud, el presidente se retiraba a su casa de descanso en el lago de Chapala, también lo hacía con el propósito de acercarse a su “amigo”. A El Fuerte fue a verlo urgentemente el gobernador de Jalisco, José Guadalupe Zuno, acompañado del general Jesús Madrigal. Iban para enterarlo de que

³⁴Estrada a Obregón, 14 de agosto de 1923, AGN, 101-R2-H, leg. III, f. 115; las mayúsculas aparecen así en el telegrama. Sobre la postura de Obregón con respecto a la política y los militares, véase Lieuwen, *op. cit.*, p. 74.

³⁵Acuerdo presidencial del 20 de septiembre de 1923. Al no señalarse el concepto por el cual se hacía, la Secretaría de Hacienda hizo efectivo el pago hasta el 16 de octubre, AHDN-BE, f. 546.

Estrada estaba mandando subrepticamente armas al jefe de operaciones en Zacatecas, el general Alfredo García.³⁶ Además le informaron de las reuniones que tenía en Guadalajara con Alvarado y Ramírez Garrido. Pero en El Fuerte también estaba de visita Estrada, y Obregón al enterarse de estos informes, por toda respuesta los condujo a la terraza de la casa, a orillas del lago; Zuno relata lo que vio entonces:

Ahí vimos a Estrada, en mangas de camisa. Su cazadora de gran gala y su cachucha habían quedado sobre el asiento de una silla. Estaba a gatas, haciendo el caballito al hijo de don Álvaro, que regocijadamente le pegaba con su propio fuste a la cabalgadura, que hacía cabriolas en la más humana de las imitaciones, lanzando coces y agudos relinchos.

–Ustedes lo ven, –nos dijo don Álvaro–. Se muestra como un amigo de mi familia y mío... Juega con Alvarito mi hijo.

–Pero general –objetó Madrigal... –Los documentos que le hemos presentado son convincentes...

–Así lo creo yo también –repuso–. Pero mi deber es respetarlo mientras no verifique actos de rebeldía. Yo no soy traidor de traidores. Aún no sé si se rebele; pero si lo hace, entonces yo tendré toda la justificación de mis actos, de la cual ahora carezco [...] No los precipitemos torpemente. Tenemos la razón histórica y lo demás vendrá por sí mismo.³⁷

Estrada hacía todo lo posible por no dar a entender lo que el presidente ya sabía. Éste por su parte no quería reconocer que su amigo terminaría por rebelarse, y que en buena medida él fomentaba eso. Pero si perdía un amigo en cambio conservaba, según él, el juicio de la Historia, la cual sentía de su lado. Ciertamente que esto último era una carta a su favor pues él aparecía como víctima de una traición que justificadamente debía combatir. En cambio los rebeldes, al adelantar los acontecimientos, perdieron la mejor justificación que tenían: iniciar la lucha una vez que se hubiese consumado la imposición, o sea después de las elecciones del año siguiente.³⁸

³⁶ Calles también había recibido información sobre un complot tramado por García. Flavio Beruben a Calles, 9 de noviembre de 1923, ACT-APEC, inv. 633, exp. 80, f. 1.

³⁷ José Guadalupe Zuno, *Reminiscencias de una vida*, 2a. ed., Biblioteca de Autores Jaliscienses Modernos, Guadalajara, 1956, p. 139. Véase también Monroy, *op. cit.*, p. 270.

³⁸ Este argumento, cuando se preparaba la ya inminente rebelión, lo daba Roque Estrada a Salvador Alvarado al señalarle que el camino de las armas debía ser el último, cuando todos los demás se hubieran agotado, *Señores presidentes...*, pp. 162-164.

Hay versiones que nos presentan, en los momentos en que se conoció la rebelión de Sánchez, a un Enrique Estrada sorprendido por este movimiento y obligado por esa circunstancia a iniciar él también el levantamiento. Ésta es la que nos presenta el general Miguel Ulloa, quien colaboró para él por 10 años. También José C. Valadés nos lo describe sorprendido, incluso un poco enfermo por esos días, pero comprometido con la causa de la no imposición. Esta versión parecería poco factible si consideramos los preparativos que hacía el general zacatecano para un levantamiento militar. Pero lo parece más al citar una frase, que a la manera de Tucídides, Valadés pone en boca de Estrada, al decirle a Salvador Alvarado: “esto es prematuro”, pero aludiendo a sus convicciones, su decisión sería desconocer al gobierno de Obregón.³⁹

Pero más allá de las intenciones, del *timing* de una rebelión que resultó finalmente precipitada, está el hecho de que estalló y tal vez agarró más desprevenidos a quienes la iniciaron, que al enemigo que combatían.

El inicio de la rebelión

Estrada no era partidario de De la Huerta pero tampoco era su enemigo como algunos han sostenido. Roque refiere una conversación que tuvo con el presidente sobre los posibles candidatos, y en ella sostenía que el más adecuado era su secretario de Hacienda.⁴⁰ Esto fue en marzo de 1923, cuando la negativa de éste a aceptar la postulación no se vislumbraba todavía como un problema insoluble, negativa que ocasionó que los llamados Militares Revolucionarios optaran finalmente por Raúl Madero. Y señalo esto porque a mi entender Roque ejercía una poderosa influencia en su hermano menor; en cierta manera quería emular la labor antiimposicionista de Roque en tiempos de Madero. Por otra parte, cuando De la Huerta aceptó –tardíamente– su postulación, Estrada sabía que si demostraba abiertamente su apoyo a De la Huerta, le podía costar no sólo la comisión militar que tenía, sino también la vida. Por algo

³⁹José C. Valadés, *Rafael Buelna. Las caballerías de la Revolución*, Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1990, p. 104.

⁴⁰R. Estrada, *op. cit.*, pp. 133-143.

ya habían matado a Pancho Villa después de que éste declaró sus simpatías por aquél. Uno de los militares más cercanos al zacatecano, Salvador Alvarado, simpatizaba con el ex presidente interino del cual, en 1920, fue su secretario de Hacienda.⁴¹ Además, Estrada había condicionado su levantamiento a que Guadalupe Sánchez, éste sí un delahuertista declarado, lo hiciera antes.⁴²

El 6 de diciembre Obregón recibió en Celaya a su secretario de Comunicaciones, Amado Aguirre. Era ya un rumor a voces el estallamiento de una rebelión. Aguirre le recomendó quitarle el mando de fuerzas a Estrada y darle una misión diplomática. Al recibir, en esos momentos, el telegrama de Sánchez desconociendo su gobierno, Aguirre insistió, a lo que Obregón contestó:

El general Estrada es muy caballeroso y además ¿cree usted que se levantará contra mí, cuando lo he levantado tanto, y habiendo estado ayer a visitarme, me manifestó que estaba escaso de dinero para celebrar su matrimonio en la forma que requería la categoría social de su novia, la señorita Antonia Cuesta; pidiéndome una cantidad de dinero para satisfacer tal necesidad social, dinero que le facilite con la mejor voluntad?

En ese momento se presentó la señora María Tapia de Obregón, quien sobre su cultura en muy alto grado, posee un sentido común, una sutileza intelectual y una percepción para definir la idiosincrasia de un individuo a quien ha tratado, por demás excepcional y rara, diciéndole: “Hijo, ¿por qué no haces lo que te dice don Amado?”

“Porque tú y don Amado están soñando.”⁴³

Obregón ya había recibido informes que evidenciaban la defección de Estrada. La propuesta de Aguirre tal vez lo hubiera hecho llegar a lo que no quería –como le dijo a Zuno–, a precipitar los acontecimientos; sin embargo, sí pudo haberlo cambiado de jefatura, que sin ser una solución definitiva, cuando menos era un paliativo. No lo hizo, y tal vez se debió a la jugada magistral que Estrada le hizo al darle a entender que un hombre que planea casarse próximamente, no prepara al mismo tiempo una azonada militar, claro, al menos que el novio tuviera la espe-

⁴¹ Dulles, *op. cit.*, pp. 78-79.

⁴² Esto le dijo J.D. Ramírez Garrido a R. Estrada el 4 de diciembre, *Señores presidentes...*, p. 167.

⁴³ A. Aguirre, *op. cit.*, 1985, p. 336. Uno de los primeros telegramas que envió, comunicando la defección de Sánchez, fue a Estrada, 6 de diciembre de 1923, AHDN-EE, f. 487.

ranza de que una rebelión militar fuese la excusa perfecta para deshacer el compromiso matrimonial.⁴⁴ Su propio hermano, que no sabía cuándo se levantaría en armas, se tranquilizó al enterarse de estos preparativos, pensando que: “la fecha del matrimonio –24 de diciembre–, que mi esposa y yo deberíamos apadrinar, me hicieron suponer que la «cosa» no era apremiante”.⁴⁵

Así pensó Obregón y al día siguiente, ya en la ciudad de México, recibió el telegrama de Estrada, quien como preámbulo le recordaba la conversación de abril en la que, ante las dudas de éste sobre la imparcialidad de su gobierno en la próxima campaña electoral, Obregón le había reiterado el absoluto respeto que éste mostraría. Después de este recordatorio continuaba:

Como he expuesto privada y públicamente que como revolucionarios estamos obligados a cumplir fielmente con los postulados que nuestra Revolución inscribió en su bandera, y como soldados tenemos el deber ineludible de vigilar porque no sean conculcadas nuestras instituciones fundamentales, tengo el alto honor de desconocer a Álvaro Obregón, el revolucionario que ha claudicado, el presidente que ha violado nuestra Carta Magna, que juró cumplir, y el soldado que ha faltado a su deber al convertirse en el principal líder de una candidatura de imposición y al hacer de los secretarios de Estado, poderosos agentes de propaganda electoral.⁴⁶

A nombre de la antigua Segunda División –finalizaba–, se proclamaba su jefe para derrocar al gobierno.

El 8 de diciembre Obregón recibió en acuerdo a don Amado, y al tiempo que le mostraba el telegrama le dijo: “Mírese en este espejo, no se me quitará lo... [pendejo] nunca.”⁴⁷ Ese mismo día le contestó, recriminándole su hipocresía, así como la amistad y confianza traicionadas; para demostrarlo inserta la carta del 14 de agosto que ya comentamos más arriba, que no era ciertamente el texto más adecuado para demostrar la doblez de Estrada, más bien era el testimonio de cómo un texto

⁴⁴Pero éste no era el caso, pues Estrada se acabó casando con Toñita Cuesta Moreno, aunque no en Guadalajara, sino en Los Ángeles, California, el 14 de mayo de 1925, AHDN-EE, f. 679.

⁴⁵De esto se enteró Roque Estrada el 28 de noviembre, *op. cit.*, p. 167; Dulles, *op. cit.*, p. 199.

⁴⁶Reproducido en Taracena, *op. cit.*, novena etapa, p. 162.

⁴⁷Los puntos suspensivos demuestran el pudor del general Amado Aguirre, lo que está entre corchetes es lo que, sin mucha imaginación, seguramente dijo Obregón, *Memorias*, *op. cit.*, p. 337.

tiene varias lecturas. Le echaba en cara que él había salido en su defensa “cuando personas que lo estimaban menos que yo y que por consiguiente lo conocían más, trataban de demostrarme que usted era un soldado infiel”. Se rasgaba las vestiduras al recordarle el trato que se le había dado en El Fuerte, “donde ocupaba en mi mesa el sitio de honor, habiéndome invitado en una de sus últimas visitas para ser testigo de su boda”. Le echaba en cara el haberse rebelado siendo soldado en servicio activo y con mando, con lo cual ponía distancia acerca de su propia actuación en 1920, cuando se rebeló contra Carranza pero ya con tres años fuera del Ejército. Le decía que el verdadero motivo de su levantamiento era la vanidad herida, cuando fue separado de la Secretaría de Guerra y al ofrecerle la de Agricultura declaró a la prensa un

...programa diametralmente opuesto al programa agrario que el ejecutivo de mi cargo tiene el orgullo de haber afrontado[...] Desde aquella época su vanidad se sintió tan herida, que de haber sido usted un hombre de honor, habría dimitido del Ejército para no servir a un gobierno cuyo ejecutivo había quebrantado tanto su amor propio. La culpa mía radica en haber estimado a usted más de lo que se merecía y en haber creído en su honor militar y en su calidad de caballero.

Terminaba obsequiándole toda la red telegráfica para que pudiera comunicarse con todos los jefes militares del país y así pudiera recibir “las justas protestas y enérgicos reproches de la inmensa mayoría de los jefes militares, quienes siguen leales a sus deberes y han condenado la asonada que, con tan poco acierto, intenta usted llevar a cabo”.⁴⁸

Esta respuesta, llena de gestos teatrales, era el colofón perfecto que desembocaba en una ira sólo comparable a la de un Zeus o de un Odín. Parecería que esas faltas que le achacaba a Estrada podían justificar de ahí en adelante cualquier acción del “dios sonorense”. Primero jugó el papel del presidente amigo, generoso y confiado (la única falta que reconoce es haber sido demasiado buen amigo), para después transformarse en el “presidente vengador”. Bajo esta fisonomía se presentará en los meses siguientes. Fue entonces que dijo: “De todo lo que suceda de ahora

⁴⁸Taracena, *op. cit.*..., *novena etapa*, pp. 170-173.

en adelante, no seré responsable.”⁴⁹ Uno de sus primeros actos fue solicitar poderes extraordinarios en Guerra y en Hacienda, que como diría más tarde José Vasconcelos, equivalían “a una autorización para fusilar, dada la práctica que hace del consejo de guerra una farsa”.⁵⁰ Un subordinado de Calles al informarle del fusilamiento de varios rebeldes le dice que “fueron sujetos a un juicio de esos que les dicen sumarios y que dicen son muy rápidos”.⁵¹

La caída de Zuno

José Guadalupe Zuno pertenecía a un grupo político que durante el obregonismo buscó el poder. El gobernador Basilio Vadillo, por ser *peleceano*, era mal visto por Obregón. De ahí que éste aprobara las acciones de los zunistas para derrocarlo. Poco después Zuno llegó a la gubernatura. Con tendencias socialistas, buscó alianzas con los sectores obreros y campesinos.⁵² Pero la diferencia entre él y otros gobernadores de ideología semejante, como Tejeda y Carrillo Puerto, es que Zuno pugnaba por un acendrado regionalismo que iba en contra de la injerencia del centro; además, los primeros eran callistas y el segundo no.⁵³ Por estas razones Zuno era odiado por el principal líder obrero de ese momento y primer callista del país: Luis N. Morones, quien más tarde lo acusó de entenderse con el estradismo por haber licenciado las fuerzas rurales, cuando en realidad seguía la política de Obregón.⁵⁴ El fondo de esta acusación era que Zuno creó su propia organización obrera en Jalisco, independiente de la CROM.⁵⁵

⁴⁹ Citado en Aguilar Camín, *op. cit.*, p. 195.

⁵⁰ Vasconcelos, *El Desastre*, p. 218.

⁵¹ José Álvarez a Calles, 12 de febrero de 1924, ACT-APEC, exp. 226, inv. 226, f. 270. Se refería al cabecilla Américo Larralde que fue capturado en Nuevo León.

⁵² Jaime Tamayo, “La primavera de un caudillo. José Guadalupe Zuno y la constitución del zunismo”, en Martínez Assad, *Estadistas, caciques y caudillos*, UNAM, México, 1988, pp. 269-280.

⁵³ Cuando Calles llega a la Presidencia tiene un fuerte conflicto con Zuno porque éste no aceptaba que las centrales obreras del estado fuesen meras filiales de la CROM. El resultado fue la salida de Zuno de la gubernatura en 1926. Tamayo, “La primavera de...”, pp. 279-280.

⁵⁴ Morones a Calles, 26 de diciembre de 1923, ACT-APEC, exp. 101, inv. 3883, f. 82-86. Poco después, el 2 de enero de 1924, Morones repetía estas acusaciones en la Cámara de Diputados. Juan de Dios Robledo a Calles, 3 de enero de 1924, ACT-APEC, exp. 124, inv. 4946, f. 18-20.

⁵⁵ Marjorie Ruth Clark, *La organización obrera en México*, Era, México, 1981, p. 106; Carr, *op. cit.*, pp. 197-198.

En Jalisco no existía el intenso conflicto de clase que se dio en Veracruz durante el gobierno de Tejeda. Tampoco existió un pleito declarado e irresoluble entre el gobernador y el jefe de operaciones. La hostilización a campesinos o a grupos agraristas no fue tampoco tan intensa. Por lo mismo, las fuerzas irregulares en Jalisco prácticamente no existían. Esa preocupación la había externado el general Madrigal (jefe de la guarnición de Guadalajara) al presidente durante la visita que le hicieran a El Fuerte: “Pero no tenemos fuerzas siquiera –le dijo–. Él [Estrada] las controla todas. Zuno licenció su cuerpo de policía montada para secundar la política civilista que usted aconsejó a los gobernadores.”⁵⁶

Incluso el cónsul norteamericano en Guadalajara informaba que, al contrario de lo que se preveía, la llegada de Zuno al poder, el 10. de marzo de 1923, no había significado el inicio de disturbios o actos de radicalismo. Decía que a pesar de sus discursos condenando el capitalismo estaba muy lejos de convertirse en el estado “bolchevista de occidente”, de hacer mancuerna con Veracruz y Yucatán. Por otro lado, señalaba que las guardias blancas de los hacendados habían sido desarmadas y, por tanto, los agentes de la Comisión Local Agraria, a diferencia de otros años podían trabajar sin ser hostilizados.⁵⁷ Por todo esto, cuando Estrada se levantó en armas, prácticamente todo el estado quedó en sus manos, sin que hubiese resistencia alguna.

No se hizo ningún esfuerzo por apresar a Zuno, pudo esconderse en casa de amigos y, según él mismo reconoce, días después recorría tranquilamente la ciudad, disfrazado de mecánico. Incluso logró que el director de Rentas retirara los efectivos que había en caja sin que nadie lo molestara.⁵⁸ Es más, todavía llegó a publicar decretos en la propia capital del estado.⁵⁹

Los jefes militares que se encontraban en Guadalajara y secundaron el movimiento eran los generales Rafael Buelna, Aureliano Sepúlveda, Félix Barajas y Salvador Alvarado; los coroneles Crispiniano Anzaldo, Petronilo Flores y Lucas Vélez. El también coronel Alberto Zuno –hermano de José Guadalupe– no lo hizo y fue detenido por eso aunque

⁵⁶ Zuno, *op. cit.*, p. 140.

⁵⁷ La excepción al supuesto radicalismo de Zuno fue la Ley Laboral que decretó, ésa sí considerada por el cónsul como “bolchevista”. Informe confidencial de McConnico, 30 de mayo de 1923, NAW 812.00/26383.

⁵⁸ Zuno, *op. cit.*, pp. 142-144.

⁵⁹ Monroy, *op. cit.*, pp. 284-285.

poco después logró escapar. Con respecto a Anzaldo, días antes el gobernador, siguiendo la política obregonista, le había dado dinero para asegurar su lealtad.⁶⁰ Aparentemente, “el cañonazo” no surtió efecto. El total de efectivos que tenía Estrada directamente a sus órdenes ascendía a 4,600.

El 9 de diciembre se nombró a Francisco Tolentino gobernador de Jalisco. Éste era un joven hacendado, civil, descendiente de un gobernador porfirista de la entidad, y muy amigo de Estrada. Las tierras de su hacienda habían sido afectadas para una dotación de ejidos al pueblo de Santa Ana, por lo cual tenía buenos motivos para unirse al movimiento.⁶¹ Se desconocieron los poderes del estado y se nombraron autoridades municipales leales al estradismo en toda la entidad. Una de las primeras medidas de Tolentino fue la creación de la Dirección General de Educación y Beneficencia Pública que centralizaba las atribuciones de varias dependencias y reorganizaba la política fiscal y hacendaria para poder disponer de recursos suficientes; se impusieron préstamos forzosos a la ciudadanía⁶² y se concedió a los bancos locales una moratoria de pagos, pero aclarando que los únicos que se podían hacer eran aquellos destinados por impuestos al gobierno. Se calcula que así Estrada pudo reunir 800,000 pesos.⁶³

Renace la Segunda División

En los estados que abarcaba la ahora resucitada Segunda División, los pronunciamientos no se hicieron esperar. En Zacatecas, el general Alfredo García se alzó en armas. Después de imponer préstamos forzosos, requisar automóviles y caballos, salió de la entidad para reunirse con Estrada en Guadalajara. Fue así que los federales pudieron recuperar Zacatecas, nombrándose jefe de operaciones al general Justo Ávila.

Como el estado entraba en la jurisdicción que mandaba Calles fue que Obregón permitió, muy a su pesar, la organización de contingentes obreros y campesinos dirigidos directamente por Ezequiel Salcedo y

⁶⁰Valadés, *Rafael Buelna...*, p. 105; Zuno, *op. cit.*, p. 142.

⁶¹Monroy, *op. cit.*, p. 273.

⁶²Tamayo, *La rebelión estradista...*, pp. 32-36.

⁶³Monroy, *op. cit.*, p. 273.

Fernando Rodarte, miembros del grupo Acción de la CROM.⁶⁴ Estas fuerzas fueron debidamente pertrechadas por Calles desde San Luis Potosí. El mando le fue otorgado a quien llegaría a ser un callista connotado, el general Matías Ramos. Calles logró que Obregón designara a éste jefe de operaciones en sustitución de Ávila, de quien decía, es militar “sin ningún prestigio y no puede organizar un solo hombre”.⁶⁵ Pero estas fuerzas que alentaba Calles más que favorecer la pacificación de la entidad –que de hecho estaba en paz– lograron encender la mecha de conflictos políticos y sociales, pues pretendieron desarmar violentamente a defensas sociales sostenidas por hacendados, no obstante éstas haberse declarado neutrales; al sentirse atacadas fueron orilladas a rebelarse.⁶⁶ Obregón advertía que de continuar estos conflictos en los cuales los cromistas pretendían hacerse justicia por su propia mano, ordenase a Salcedo salir de Zacatecas y suspender toda organización de fuerzas.⁶⁷ Esta advertencia logró disminuir el nivel de los conflictos.

Salcedo también intrigó contra el gobernador Donato Moreno, acusándolo de ser delahuertista y de apoyar a los hacendados, logrando su renuncia y su aprehensión. El propio Salcedo lo sustituyó en la gubernatura.⁶⁸ Acusar a alguien de delahuertista era muy útil en ese tiempo y servía para deshacerse de enemigos políticos. Moreno se había quejado ante el presidente de la agitación política que estaban creando algunos diputados laboristas, especialmente Salcedo, entre los campesinos, incitándolos en contra de dueños de tierras, la mayoría parcelarios y pequeños propietarios. Obregón le daba la razón al gobernador, insistiendo en que esas fuerzas de nueva creación no debían hacerse justicia por su propia mano. No obstante, días después Matías Ramos ordenó la detención de Moreno. Esta misma acusación la había hecho Justo Ávila que también fue destituido.⁶⁹

Este caso es sintomático de cómo en la región controlada por Calles, se hacía lo que éste quería, por encima de la Secretaría de Guerra y, en

⁶⁴ Informe del delegado Rodarte, Zacatecas, 13 de abril de 1924, ACT-APEC, inv. 1137, exp. 121, f. 4-13.

⁶⁵ Calles a Obregón, 24 de diciembre de 1923, ACT-APEC(A), exp. 5, f. 129.

⁶⁶ El conflicto más importante se dio en Jerez, donde las defensas fueron atacadas por el grupo de Salcedo. Obregón a Calles, 23 de diciembre de 1923, ACT-APEC(A), exp. 5, f. 112.

⁶⁷ Obregón a Calles, 23 de diciembre de 1923, ACT-APEC(A), exp. 5, f. 112.

⁶⁸ Informe de Rodarte, 13 de abril de 1924, ACT-APEC, inv. 1137, exp. 121, f. 4-13.

⁶⁹ Moreno a Obregón, 25 de diciembre de 1923, AGN 101-R2-I-1, leg. I, f. 13-18; Obregón a Moreno, 27 de diciembre de 1923, ACT-APEC(A), exp. 5, f. 202-205. Obregón a Calles, 23 de diciembre de 1923, *idem*, f. 106.

ocasiones, del presidente. También lo es de cómo Calles contribuía a la campaña contra los rebeldes, preparando al mismo tiempo la suya: la campaña presidencial. Por ello favorecía e incitaba –él no directamente, por supuesto– a que sus partidarios se dieran el gusto de atacar a sus enemigos “naturales”: los propietarios, hacendados y dueños de fábricas. En esta campaña militar, la CROM se fue gestando como la principal organización que apoyaría la campaña presidencial de Calles; pero también a raíz del conflicto militar fue surgiendo y profundizándose el conflicto entre el presidente y esta central obrera. Tanto que en 1928 era una creencia generalizada que Morones había mandado matar a Obregón.

Durante la rebelión de 1923, Obregón intentó impedir que los miembros de esa central tuvieran un papel protagónico, ¿por qué? Más allá de sus diferencias con Morones, se debía a que la CROM era la principal fuerza de Calles y si aquella crecía desmesuradamente, ¿con qué se quedaba él? Perdía la oportunidad de seguir siendo el elemento estabilizador en el México bronco de ese tiempo. Así pues, la lucha de 1923-1924 no fue sólo contra los rebeldes sino también un poco, veladamente, contra el propio candidato al que defendía. Sabía que la defensa de éste era la suya propia, era de elemental sobrevivencia, pero de ahí a darle un papel principal a su candidato había un abismo.

Ya hemos visto que Obregón era poco propenso a las fuerzas irregulares, a raíz de esta rebelión aceptó algunas, pero en cuanto pudo las desarmó y licenció. Una razón importante para ello, más allá de la militar y de la social (ya que tendían a profundizar los conflictos entre capital y trabajo) estaba la política, pues veía en ellas un obstáculo a su inmensa ambición de poder que iba más allá del 30 de noviembre de 1924. La necesidad de contrarrestar el poderío de la CROM, que se perfilaba nítidamente como eminentemente callista, llevó a Obregón a buscar el apoyo de los campesinos y por ello las fuerzas agraristas fueron las que más toleró. Así ocurrió con los contingentes que Úrsulo Galván armó en Veracruz y con los agraristas de Oaxaca. Más adelante, durante el cuatrienio de Calles, Obregón mantuvo su presencia dentro de la política nacional apoyándose en el Partido Nacional Agrarista de Antonio Díaz Soto y Gama.⁷⁰

⁷⁰Clark, *op. cit.*, p. 103.

Regresando a las entidades de la ex Segunda División, en Aguascalientes el jefe de operaciones, general Carlos A. Vidal, permaneció leal, por lo cual fue aprehendido por su subordinado, el coronel Ramón Benjamín Arnáiz, jefe del trigesimoctavo regimiento, quien sí respaldó la rebelión. Se apoderó de diversas cantidades existentes en telégrafos, correos, comisión monetaria, así como de caballos y armas de la policía montada, dirigiéndose hacia Guadalajara. La actitud de Vidal, según Ulloa, demostraba una gran cobardía. Arnáiz, sin causarle ningún daño, lo envió a la capital de San Luis Potosí, que siempre se mantuvo en poder de los federales.⁷¹ Vidal fue sustituido por el general Félix Bañuelos. Tanto en Zacatecas como en Aguascalientes, la actitud de los rebeldes fue similar: hacerse de dinero y pertrechos, y dirigirse a Guadalajara. La política callista de utilizar fuerzas campesinas fue una constante en ambas entidades, ante el temor de los propietarios quienes por lo mismo, si no eran ya delahuertistas, entonces se convirtieron. Cuando menos ésta es la imagen que transmitía el cónsul norteamericano en Aguascalientes.⁷²

En Michoacán, tanto el gobernador Sidronio Sánchez Pineda como el jefe de operaciones, general Lázaro Cárdenas, permanecieron leales al gobierno. Como éste fue llamado por el presidente, quedó en ese puesto el general Manuel N. López. A pesar de ello, en varias partes de la entidad fue secundado el llamado de Estrada. El general José Rentería Luviano tenía ya algunas fuerzas en el estado.⁷³

En Colima el jefe de operaciones, José Isaías Castro, se unió al estradismo, contando con 800 hombres. Depuso al gobernador Gerardo Hurtado Suárez, nombrando en su lugar al mayor Daniel Castillo.⁷⁴ De esta manera, los rebeldes tenían en su poder el importante puerto de Manzanillo. El cónsul mexicano en San Francisco, José Garza Zertuche, había informado –antes de iniciado el movimiento– del contrabando de parque que se daba entre esa ciudad y Manzanillo.⁷⁵ Por este tipo de información, tal vez no fue casualidad –como lo creía el cónsul nortea-

⁷¹ Monroy, *op. cit.*, pp. 189-191; Ulloa, *op. cit.*, pp. 17-18, Taracena, *op. cit.*, novena etapa, p. 174.

⁷² Lee R. Blohm a Hughes, 29 de diciembre de 1923, NAW 812.00/26732.

⁷³ Monroy, *op. cit.*, pp. 302-309.

⁷⁴ *Idem*, pp. 220-221.

⁷⁵ Garza Zertuche a Sáenz, 8 de noviembre de 1923, AHRE, 19-20-65. El cónsul aprovechaba la información que le proporcionaba un investigador privado norteamericano, al que nunca se le pagó, pues éste escribió varias veces al presidente solicitando su pago, sin recibir respuesta alguna. William Otts a Obregón, 17 de marzo de 1924, AGN, 101-R2-1-1, leg. II, f. 82-83.

americano– la presencia del general Jesús M. Ferreira (jefe de operaciones en Sinaloa) en Manzanillo, justo cuando llegaba un cargamento de municiones procedente de San Francisco. De tal suerte que este militar logró apoderarse del cargamento y llevarlo a salvo a Mazatlán.⁷⁶ Queriendo detener este tráfico desde su inicio, Obregón instruyó a Garza Zertuche para que vigilara las actividades de los representantes rebeldes en San Francisco, autorizándole para hacer cualquier gasto que se necesitara. Esta actividad la realizaba un detective al que nunca pagaron.⁷⁷ Otro agente a sueldo del gobierno –cobraba 600 dólares al mes que le daba Arturo Elías–, también desempeñaba este trabajo. En su calidad de miembro de la Asociación Internacional de Maquinistas de Los Ángeles, tenía influencia entre los sindicatos de estibadores de la costa californiana. Cuando había alguna sospecha de que un embarque desde Oakland o San Francisco llevaba pertrechos para los rebeldes, Kelly arreglaba con los estibadores para que se rehusaran a cargar cualquier cosa para México al menos que fuera para el gobierno federal.⁷⁸

Otra forma de impedir el desembarco de pertrechos para los rebeldes fue bloquear la entrada a Manzanillo. Esta labor la hizo con gran efectividad el cañonero mexicano *Progreso*, intimidando con su artillería a cualquier barco que pretendiera acercarse. Sin embargo, esto no duró mucho tiempo.

Los rebeldes difícilmente podían conseguir equipo militar, y menos si éste era sofisticado, como en ese tiempo eran los aviones con finalidad militar. Pero los rebeldes lograron obtener cuatro aviones británicos, y a dos de ellos les encomendaron la misión de bombardear al *Progreso*.⁷⁹ En esa época este tipo de ataque, más que resultados tangibles, era el susto mayúsculo que recibían los bombardeados.⁸⁰ A pesar de que nin-

⁷⁶Informe confidencial del cónsul en Mazatlán W.E. Chapman al Departamento de Estado, 15 de diciembre de 1923, NAW 812.00/26687. También véase Ulloa, *op. cit.*, pp. 19-20.

⁷⁷William Otts informó los meses siguientes sobre distintos cargamentos listos para ser enviados a Manzanillo; informaba de ello a Garza Zertuche hasta que se dio cuenta que éste utilizaba su información sin darle ningún crédito, de ahí que aquél se quejara con el ex cónsul mexicano en San Francisco y en ese momento embajador en Costa Rica, Eduardo Ruiz. Otts a Ruiz, 6 de enero de 1924, AGN, 101-R2-E-1, f. 164-165.

⁷⁸Kelly a Elías, 22 de enero de 1924, ACT-APEC, exp. 53, inv. 1717, f.440.

⁷⁹El presidente estaba enterado de que sus enemigos tenían estos aparatos y por ello solicitó ayuda al gobierno de Estados Unidos. En un memorándum secreto, del Departamento de Guerra para distintos comandantes, se enfatizaba que “Obregón estaba extremadamente aprensivo con que aviadores norteamericanos pudieran ser convencidos de servir a los rebeldes contra el gobierno federal, lo que significaría un indeseable elemento internacional en la situación”. W.K. Naylor, 13 de diciembre de 1923, NAW-MID, 2657-G-432, exp. 54.

⁸⁰Hay testimonios de los rebeldes villistas en el Norte que huyeron despavoridos ante un ataque de este tipo, AGN, 101-R2-Z-2, f. 31-35. Otros, en Yuriria, Gto., *Excelsior*, 5 de febrero de 1924.

guno de los proyectiles tocó siquiera la embarcación, la tripulación se rindió de inmediato ante las fuerzas de Isaías Castro.⁸¹ Según tengo registrado, ésta es la única acción efectiva en que los rebeldes utilizaron aviones.

Al norte, en Nayarit, Estrada envió representantes para convencer al general Ortega (jefe de operaciones en el estado) para que se uniera al movimiento. Parece que aquéllos al no lograr convencerlo lo intimaron a que se rindiera. Entonces un ayudante del general Ortega les disparó y los estradistas respondieron, hiriendo a éste. Los rebeldes controlaron Tepic y gran parte del estado, pero mandaron por tren a Ortega para que fuera tratado de sus heridas. Con el armamento recuperado en Manzanillo, Ferreira avanzó por tren hacia Nayarit provocando con este movimiento que los rebeldes abandonaran la entidad con rumbo a Guadalajara. Antes tomaron el dinero de las arcas estatales.⁸²

Un militar que andaba por Nayarit era Manuel M. Diéguez, quien con unos cuantos hombres también dirigió sus pasos hacia Guadalajara para entrevistarse con su antiguo subordinado, Enrique Estrada.⁸³

De los estados que incluía la Segunda División, el predominio del estradismo fue muy claro en Jalisco y Colima, y en menor grado en Michoacán. En cambio, en Zacatecas y Aguascalientes tuvo un mínimo impacto y casi nulo en Guanajuato. La escasa población y la falta de recursos podría explicar la poca trascendencia del movimiento en la entidad de donde era originario Estrada.

Duelo de estrategias

Volvemos a ver aquí, como vimos en Oriente, que en muchas ocasiones ambas partes rehuían el enfrentamiento. Se prefería abandonar una ciudad ya ocupada a afrontar los riesgos que implicaba el defenderla. Esto evitó, hasta cierto punto y con importantes excepciones, que la población civil sufriera excesivamente. Cuando los rebeldes llegaban a un

⁸¹ Vicecónsul Stephen E. Aguirre a Hughes, 12 de enero de 1924, NAW 812.00/26919. El bloqueo duró del 18 de diciembre al 5 de enero.

⁸² Para el 13 de diciembre Tepic, y poco más tarde todo el estado, fue recuperado por los federales, informe de W.E. Chapman, 15 de diciembre de 1923, NAW 812.00/26687.

⁸³ Taracena, *op. cit.*..., *novena etapa*, p. 185.

poblado no existía entre sus habitantes ese temor cerval que ocasionaban, por ejemplo, los villistas durante la Revolución.

La explicación a esta apatía era, por parte de Obregón, que teniendo que combatir varios frentes, utilizaba como estrategia la movilización de tropas de un frente a otro; prefería esto a un reclutamiento excesivo, no sólo por el peligro de que los nuevos elementos una vez armados, defecionaran al primer contacto con el enemigo, sino también porque no tenía confianza en la destreza y preparación de éstos. Al no tener suficiente gente evitaba a como fuera dar una batalla. A esto hay que añadir su conocida estrategia de esperar primero el ataque enemigo y una vez dado actuar él. Por el lado de los rebeldes, no podían dar batallas campales por una razón fundamental: no tenían municiones suficientes. La estrategia entonces, debía suplir las carencias ya señaladas. Obregón había aprovechado el campo militar de Irapuato para concentrar ahí más tropas.

Obregón planeó desde Irapuato un rápido ataque para recuperar lo antes posible la cuna del estradismo: Guadalajara. El plan consistía en atacar por varios frentes. Uno era desde Tepic, destacando un batallón. Otro era una columna de 2,000 hombres, al mando de Lázaro Cárdenas, con la función de adentrarse al estado de Jalisco desde Michoacán, y llegar a la vía que une Guadalajara con Manzanillo para cortar la retirada al enemigo. De este puerto, también debía intentarse un desembarco del “Progreso”. Mientras, la columna principal al frente de la cual estaba el general Joaquín Amaro atacaría el núcleo principal de las fuerzas estradistas, que se encontraban en Ocotlán, avanzando por la línea del ferrocarril que va hasta Guadalajara. Era tal la seguridad que tenía en dicho plan, que había anunciado a mediados de diciembre que antes de una semana pacificaría el Occidente.⁸⁴ Existen varias pruebas que demuestran que efectivamente ésa era la estrategia obregonista. El *Progreso*, según creía el vicecónsul Aguirre, tenía la prioridad más que de bloquear el puerto, de atacarlo, pero la ineptitud de su capitán, Rodríguez Malpica impidió que esto se llevara a cabo.⁸⁵ Cuando Puebla fue recuperada por los federales el 22 de diciembre, el presidente ordenó que numerosos con-

⁸⁴ José Pagés Llergo, “Cómo fue hecho prisionero el general Cárdenas en 1923”, en *Desdeldiez. Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”*, A.C., julio de 1987, pp. 97-112, p. 98.

⁸⁵ Aguirre a Hughes, 12 de enero de 1924, NAW 812.00/26919.

tingentes se trasladaran al frente occidental, sin perder un solo segundo; los generales Amarillas, Cabañas y Figueroa emprendieron la marcha de inmediato; uno de ellos, el yaqui Roberto Cruz, señala que a su paso por la capital del país, apenas si tuvo tiempo de saludar a su familia.⁸⁶ Si Obregón no pretendía en verdad dar un golpe contundente contra Guadalajara, sino que sólo fingía que lo quería dar, para este papel seguramente no hubiera requerido la presencia de las más aguerridas de sus fuerzas: los batallones yaquis de Cruz y Amarillas.

Estrada sabía que no podía –principalmente por la escasez de parque– dar un combate frontal contra los gobiernistas. Por ello, su plan se concentró en atacar una de las fuerzas de los obregonistas –o como él llamaba, de los callistas, pues más que defender ese régimen, defendían la imposición de Calles–: se decidió por aquella que incursionaba en su territorio y que buscaba cortarles la retirada, la columna de Cárdenas. El plan era arriesgado porque consistía en formar una fuerte columna, encomendada al general Rafael Buelna, con lo cual dejaba el frente de Ocotlán muy desguarnecido. Para evitar el ataque a este frente se recurrió al engaño. Estrada encomendó a Diéguez formar una pantalla de caballería, como si ésta fuese la vanguardia de toda una división que estuviese detrás, lista para la batalla, misma que por supuesto no existía, pues la mayoría se había incorporado con Buelna. Si Obregón descubría la estrategia, le hubiera resultado muy fácil lanzar a las fuerzas de Amaro sobre Ocotlán, destrozarlas, y entrar ya sin obstáculo alguno a Guadalajara, como tanto había anunciado.

Buelna, casi sin que Cárdenas se diese cuenta, envolvió a sus fuerzas y las atacó, destrozando por completo su columna.⁸⁷ En el combate quedó gravemente herido, y su segundo, el general Paulino Navarro, muerto. Por su parte, Diéguez cumplió a la perfección su labor dando tiempo al desarrollo de esta acción y al regreso de las fuerzas de Buelna.⁸⁸

⁸⁶Obregón a E. Martínez, 22 de diciembre de 1923, AHDN-EM, f. 1299. Roberto Cruz, *Roberto Cruz en la Revolución mexicana*, Diana, México, 1976, p. 84.

⁸⁷Para una detallada descripción de esta batalla véanse Valadés, *Rafael Buelna...*, pp. 119-127; Pagés, *op.cit.*, pp. 96-112; Carlos Domínguez López, “Una página en la historia militar del general Lázaro Cárdenas”, en *idem*, pp. 111-122.

⁸⁸En circular desde Irapuato para sus jefes de operaciones, fechada el 27 de diciembre, Obregón consideraba que la retirada de los infidentes en Yurécuaro, evitando combatir a las fuerzas de Amaro, se debía a la desmoralización que existía entre ellos, cuando en realidad se trataba del movimiento de engaño que realizaba Diéguez, APEC-(A), exp. 5, f. 202.

Se dice que cuando Obregón se enteró de la estrepitosa derrota de Cárdenas exclamó al telegrafista: “-Le ordené que no presentara combate. Líbrenos Dios de un tarugo con iniciativa.”⁸⁹

Como la Historia la escriben los vencedores, cuando ocurrió la debacle del movimiento, la versión del “general invicto de la Revolución Mexicana” fue tomando forma. Así resultó que todo lo tenía planeado, que conocía a sus enemigos (Estrada, Diéguez) perfectamente porque habían sido sus subordinados años antes. Para construir esta versión no le fue difícil recordar que una vez había ordenado al zacatecano cortar la retirada del enemigo, mientras él, con el núcleo principal de las fuerzas, atacaría por el otro frente; gracias a este recuerdo logró descubrir el plan de Estrada: éste supondría que él repetiría la receta utilizando a Cárdenas para jugar ese papel. Por eso le ordenó que por ningún motivo presentara combate, y si éste lo hizo, fue por iniciativa propia; por tanto, no era errónea su estrategia, los errores fueron de los hombres que la llevaron a cabo.⁹⁰ Pero toda esta argumentación se derrumba con una pregunta: ¿si sabía todo esto, por qué no ordenó el ataque a las reducidas fuerzas de Diéguez, cuando Amaro tenía casi 8,000 hombres y aquél sólo 500?⁹¹

Otra versión de los vencedores, pero que también da la imagen de un presidente omnisciente, es que éste quería sacar a Estrada de su zona de influencia, Jalisco, y más concretamente su capital. El “darles” una victoria los envalentonaría para intentar la ofensiva hacia otros puntos, con lo cual Obregón podía más fácilmente intentar la recuperación de Guadalajara. Esto es una verdad a medias, pues sí existió esa estrategia, pero fue posterior (la toma de Morelia) y consistió en dejar entrar a los rebeldes a algunas poblaciones retirando las fuerzas federales y no, como en el caso de Cárdenas, dejando que las destrozaran.

Después de que una serie de hechos históricos han pasado, llámen-se una guerra o una rebelión, es relativamente fácil para sus protagonistas fabricarse una idea general, una interpretación sobre aquéllos. Pero lo es más fácil, lo repito, para aquellos protagonistas que resultaron vencedores. Y de esto se contagia, como si se tratara de un virus, la histo-

⁸⁹Taracena, *op. cit.*, *novena etapa*, p. 196.

⁹⁰Esta versión está en *idem*, pp. 195-196.

⁹¹Estas cifras en Pagés, *op. cit.*, p. 102 y McConnico a Hughes, 28 de diciembre de 1923, NAW 812.00/26729.

riografía que estudia esos hechos. Por eso ha quedado tan presente en la historiografía de la rebelión la imagen de un presidente omnisciente, que conocía perfectamente a su enemigo, y que sabía esperar para atacar. No digo que el presente trabajo esté inmune a este virus, pero cuando menos expreso que soy consciente de su existencia y del peligro de ser infectado. Así pues, no creo que Obregón conociera de antemano la estrategia estradista, ni tampoco que les hubiese “concedido” el ganar una batalla para después él ganar la guerra. A pesar de esto, no deja de ser fascinante que esto último fuese cierto, tal como Obregón, con una falsa seguridad, le confió a Vasconcelos cuando éste le preguntó qué había pasado con esa derrota:

–Nada; lo que yo había previsto; justamente le di el mando de esa columna sabiendo que la llevaría al desastre porque me convenía distraer por allí la atención del enemigo mientras preparábamos la ofensiva sobre Ocotlán. Cárdenas fue de carnada. Y así, mientras Estrada se pavonea de su triunfo ante las bellas de Guadalajara, y se permite gestos a lo Nicolás Bravo, por el Bajío le preparo el derrumbe.⁹²

Siguiendo este testimonio podríamos pensar que Obregón, para asegurar la “derrota”, mandó a un militar que no se había caracterizado por su habilidad y destreza. Pero ante las circunstancias en que se dio la derrota de Cárdenas (combatiendo en territorio enemigo que era numéricamente superior y sin posibilidad de recibir refuerzos), es difícil pensar que otro general lo hubiera hecho mejor. Siguiendo con esa suposición, tal vez Obregón escogió a Cárdenas también por el asunto de Música. Al estallar la rebelión, éste, en abierta pugna con el presidente, estaba en Morelia pretendiendo su reinstalación en la silla gubernamental; Cárdenas lo aprehendió por órdenes presidenciales, que incluían su traslado inmediato a México; lo mandó con el coronel Miguel Flores Villar, quien a la mitad del camino recibe la orden de aplicarle la *ley fuga*: “Enterado que el general Francisco J. Música fue muerto al pretender ser liberado por sus partidarios. Lamento lo ocurrido y preséntese en ésta a rendir parte circunstanciado. Álvaro Obregón.”⁹³

⁹² Vasconcelos, *El Desastre*, p. 237. Nicolás Bravo, durante la guerra de independencia, perdonó la vida a un grupo de realistas, a pesar de que poco tiempo antes, éstos habían fusilado a su padre.

⁹³ Citado en Taracena, *op. cit.*..., *novena etapa*, pp. 174-175.

Flores Villar ignoró esta orden y entregó al prisionero a la jefatura del valle de México, con la suerte de que su titular, Arnulfo R. Gómez, encargado del trabajo sucio en la capital, no se encontraba. Probablemente había ido a despachar “unos asuntos”, pues ese día fueron asesinados los generales Antonio de P. Magaña, Fermín Carpio y su hijo, el teniente coronel José María Carpio, este último miembro del estado mayor de Obregón; de ellos se sospechaba que podían unirse a los insurrectos.⁹⁴ Esta circunstancia salvó a Múgica, quien logró escapar –por segunda ocasión– de una muerte segura. Flores Villar, tal vez más por miedo que por convicción, se unió a la rebelión en Veracruz.⁹⁵ En su fuero interno, y conociendo la amistad con Múgica, muy probablemente Obregón sintió que Cárdenas había protegido a un enemigo suyo y tal vez por eso lo mandó “a la guerra sin fusil”.

La derrota de Cárdenas en Teocuitatlán, Jalisco, tuvo consecuencias importantes. Ya no podía hablarse de una pronta recuperación de Guadalajara, que de tal modo era esperada por haberla prometido el presidente, que uno de sus jefes suponía, por un radiograma interceptado entre Veracruz y Guadalajara, que era inminente que los rebeldes evacuaran esta ciudad.⁹⁶ Incluso, se evitó que la prensa conociera de inmediato la derrota obregonista.⁹⁷ En realidad, el frente occidental se complicaba de tal modo que Obregón prefirió, al comenzar 1924, concentrarse en otro objetivo: la recuperación del puerto de Veracruz. Así deja Irapuato con dirección a la capital del país para preparar esa campaña. Estrada de inmediato comunicó al Jefe Supremo la victoria obtenida por su Segunda División, sobre las del “leader callista general Álvaro Obregón”.⁹⁸ El presidente, ante la captura de Cárdenas, trajo de relevista desde Saltillo al joven y aguerrido general Manuel N. López.⁹⁹

⁹⁴Esto sucedió el 12 de diciembre. Summerlin a Hughes, 15 de diciembre de 1923, NAW 812.00/26672; *Excelsior*, 13 de diciembre; Taracena, *op. cit.*, novena etapa, pp. 178-180.

⁹⁵Bremauntz, *op. cit.*, p. 39.

⁹⁶E. Martínez a Obregón, transcribiendo telegrama de Andreu Almazán, 29 de diciembre de 1923, AHDN-EM, f. 240. Obregón prefirió que fuera Serrano quien sacara de esta falsa creencia al jefe de la columna de Oriente, Serrano a E. Martínez, 30 diciembre, *idem*, f. 2020.

⁹⁷*El Universal* la dio a conocer el 30 de diciembre. Un día después lo hace *Excelsior*, pero indicando que su fuente no es del gobierno. Los detalles los dio este mismo diario el primero de enero al entrevistar a un general gobiernista, Espiridión Rodríguez, quien había logrado escapar del desastre.

⁹⁸Estrada a De la Huerta, 27 de diciembre de 1923, AHDN-EM, f. 432-433.

⁹⁹López a Calles, ACT-APBC, inv. 3282, exp. 93, f. 253.

La resurrección de Lázaro

Es muy conocida la actitud que tuvo Estrada cuando Buelna le informó que Cárdenas había resultado seriamente herido y Paulino Navarro había muerto. Al primero mandó trasladarlo de inmediato a Guadalajara para que fuera debidamente atendido, incluso se le dio la libertad de escoger a cuál hospital prefería ir. Cárdenas prácticamente tuvo la ciudad como cárcel, con la libertad de moverse de un lado a otro. Al segundo –en un acto inusitado para la forma en que se hacía la guerra en México–, su cadáver fue enviado en un ataúd hasta las líneas enemigas, con un mensaje de Estrada al presidente: “Como no podemos rendir honores a un enemigo, aquí le mando el cadáver de un valiente para que se lo rindan las tropas federales.”¹⁰⁰

Pero no sólo recibió atención médica el jefe de la columna, también los soldados heridos que eran más de 200, y a ellos y a los prisioneros “se les guardan consideraciones en atención a que en otros tiempos lucharon por las buenas causas del pueblo, y hoy por engaños sirven a la política imposicionista”.¹⁰¹ Apenas una semana antes los federales habían entrado a Puebla sin respetar la vida de los enemigos heridos, más bien, como el caporal de Pedro Armendáriz en la película *La malquerida*, los “ayudaban a bien morir”. De ahí que en la respuesta a este telegrama, De la Huerta le dijera a Estrada: “aplaudo el ejemplo generoso de usted con los prisioneros y heridos tomados en el combate, que contrasta con los asesinatos de militares y civiles ferrocarrileros que los jefes serviles al imposicionista Obregón consuman a diario”.¹⁰²

Todos los prisioneros quedaron en libertad, y muchos de ellos regresaron a las filas gobiernistas. Estrada no fue imprudente como De la Huerta, evitó reclutar batallones o regimientos completos que luego pudieran darle una desagradable sorpresa, como le ocurriría después a De la Huerta con los prisioneros de Tabasco.

El jefe del estado mayor de Estrada, general José Domingo Ramírez Garrido, se encargó de que el herido fuese bien atendido; después aclaró que si Cárdenas salvó la vida fue gracias a la convicción del jefe de la Segunda División, quien reiteraba:

¹⁰⁰ Pagés, *op. cit.*, p. 110. *Excélsior*, 3 de enero de 1924.

¹⁰¹ Estrada a De la Huerta, 27 de diciembre de 1923, AHDN-EE, f. 432-433.

¹⁰² De la Huerta a Estrada, 29 de diciembre de 1923, citado en Bremauntz, *op. cit.*, pp. 83-84.

Por ningún motivo se seguirá el procedimiento bárbaro de rematar a los heridos y fusilar a los prisioneros. Con las mismas atenciones que a nuestros heridos, cuide usted a los heridos del enemigo... Hay que hacer la guerra como gentes civilizadas y no como salvajes.¹⁰³

Cárdenas no olvidaría las atenciones recibidas por los enemigos del gobierno que defendía, y esto seguramente le hizo reflexionar sobre los métodos empleados por Obregón, y más genéricamente, acerca de la ruta de degradación a la que había llegado la Revolución mexicana, por lo que años después, cuando fue gobernador (ahora sí resucitado políticamente) y como presidente, intentó enderezar el rumbo y cumplir con los anhelos sociales que eran, según él mismo creía, el origen de ese movimiento social, el cual había degenerado en una sucia lucha por el poder.

Tiempo después, cuando llegó la derrota para Estrada, se dice que Cárdenas lo protegió hasta que aquél se embarcó en Manzanillo rumbo al destierro.

"Grano de oro"

El artífice de la derrota de Cárdenas se ha convertido en una leyenda en la historiografía de la Revolución mexicana. Su juventud, valentía y arrojo han sido los adjetivos con que se conoce a Rafael Buelna; de él dice Ramón Puente:

...se antojaba más bien un estudiante que hubiera abandonado las aulas para correr una aventura bélica, y, sin embargo, pocos tuvieron su valor, su entereza, su hombría. No manchaba su rostro ningún asomo de barba, por la finura de la piel se diría un infante, por la sonrisa siempre a flor de labio un adolescente en pleno mundo de ilusiones; y era un iluso: una, dos y tres veces iluso. Iluso como maderista, como villista, por último siguiendo el "delahuertismo"...¹⁰⁴

¹⁰³ Buelna recibió estas órdenes, según J.D. Ramírez Garrido, *Así fue...*, Imprenta Nigromante, México, 1943, p. 100.

¹⁰⁴ Ramón Puente, *La dictadura, la Revolución y sus hombres*, INEHRM, México, 1985, p. 259.

Originario de Sinaloa, se incorporó muy joven a la Revolución y rápidamente sus hazañas en el campo de batalla lo hicieron famoso. Tanto Puente como José C. Valadés –su paisano– ven en su vida un capítulo romántico de la Revolución mexicana.¹⁰⁵ Izaguirre por su parte nos da trozos de su vida, con un estilo que pretende ser inspirado pero resulta de lo más afectado y ramplón.¹⁰⁶

Buelna nunca congenió con Obregón, por eso se une a Villa, peleando hasta que éste es despedazado, y tiene que exiliarse a Estados Unidos. En la campaña presidencial de 1920 no se adhiere al bonillismo pero sí ataca públicamente a Obregón; al estallar Agua Prieta sale a combatir a los rebeldes, se le encomiendan los límites de Jalisco y Nayarit. Pero en lugar de dirigirse ahí va hacia Zacatecas, y se une a la columna rebelde al mando de su amigo Enrique Estrada, que se dirigía a Guadalajara.¹⁰⁷ Su actuación fue ambigua, un ejemplo más de la “huelga de generales”. Su antiobregonismo manifiesto lo inhabilitaba para acceder a altos cargos o prebendas en el Ejército. De cualquier manera, parece que efectivamente Buelna no era el general ambicioso prototípico de la época y, por la manera en que actuaba, se acerca un tanto al personaje romántico que nos pintan Puente y Valadés.

Después de la victoria sobre Cárdenas, Buelna regresa a Guadalajara. De ahí parte casi de inmediato a la región de Los Altos con la intención de caer por sorpresa sobre los federales al mando de Amaro y Escobar que se encontraban en La Piedad. Pero su movimiento es detectado por los aviones obregonistas y dichos generales se ven obligados a dejar de inmediato la plaza, perdiendo dos trenes con implementos militares. El 7 de enero Estrada llega a esta población y planea el ataque a Morelia y otras poblaciones, pues la falta de pertrechos hacía indispensable ampliar su radio de acción. También se tenía la esperanza de lograr, en coordinación con las fuerzas de Guadalupe Sánchez y Rómulo Figueroa, un avance conjunto sobre la capital del país, y Morelia era el camino más apropiado para internarse hasta la capital federal a través del Estado de México. Capetillo afirma que lejos de cooperar, De la Huerta obstacu-

¹⁰⁵ *Idem*, p. 259; Valadés, *Rafael Buelna...*, p. 7.

¹⁰⁶ Baltazar Izaguirre Rojo, *Grano de oro; silueta*, Botas, México, 1936.

¹⁰⁷ Valadés, *Rafael Buelna...*, pp. 91-95.



lizó los intentos de Estrada por conseguir armas a través de su enviado, el doctor Cutberto Hidalgo.¹⁰⁸

Buelna emprendió una exitosa campaña sobre Yuriria, Salvatierra y Acámbaro, todo en menos de una semana, utilizando la movilidad que le daba su columna de caballería. La caballada –nos dice Valadés– era una obsesión para Buelna y por ello siempre procuraba que sus soldados tuvieran los mejores caballos. Este mismo autor nos indica la clave de estas victorias:

La caballería durante las revoluciones en México ha sido el arma más importante para las luchas en los campos. Un fuerte guerrillero deberá ser un buen jinete: de piernas fuertes; de destreza envidiable; de audacia inaudita: el jinete que hoy pone una emboscada, para luego pernoctar en un poblado y dar seguidamente el albazo a una plaza.¹⁰⁹

Otra columna de caballería al mando de Diéguez, también se preparaba para internarse en Michoacán, mientras que el grueso de la infantería se quedaba en Ocotlán construyendo trincheras para evitar un ataque de los federales sobre Guadalajara.

La plaza de Zamora era la “llave” para acceder a Morelia; esta última era pieza importante en el plan obregonista que consistía en alejar a Estrada de su base más sólida: Guadalajara. El jefe de la guarnición de Zamora, coronel Ricardo Luna Morales, señala que Obregón lo dejó en libertad de abandonar la plaza si el enemigo era numéricamente superior, lo que efectivamente sucedió, pues las fuerzas federales no excedían los 450 hombres. Sólo las caballerías de Estrada ascendían a 1,000; Zamora quedó en poder de los rebeldes.¹¹⁰ Uno de los objetivos del zacatecano era atacar por sorpresa a Obregón en Celaya, misión que encargó al más aventurero de sus jefes, Rafael Buelna.

¹⁰⁸ Capetillo, *op. cit.*, pp. 130-131.

¹⁰⁹ Valadés, *Rafael Buelna...*, p. 146.

¹¹⁰ Ricardo Luna Morales, *Mi vida Revolucionaria. Con aportaciones históricas del movimiento social y político, del ciclo contemporáneo de México*, Talleres Gráficos del Gobierno, Tlaxcala, 1942, pp. 97-98.

La angustia presidencial

A pesar que el deseo de que Estrada se alejase de Guadalajara parecía cumplirse, el presidente estaba sumamente preocupado, y estos momentos tal vez fueron los más angustiosos para el manco de Celaya en lo referente a la campaña occidental. Estaba muy consciente de una deficiencia de sus fuerzas que los estradistas, muy por el contrario, tenían resuelta: la caballería. Obregón sabía que aunque podía reunir un contingente superior de hombres, e incluso de armamento, si las caballerías no contaban con buenos animales la victoria quedaba muy comprometida. Ya hemos visto los magníficos resultados de una buena caballería en manos de un militar audaz e inteligente como Buelna.

La ansiedad presidencial la desahoga, en parte, en su candidato. El trabajo de Calles, dedicado en San Luis Potosí al reclutamiento y organización de regimientos y batallones, era de urgencia en esos momentos: “necesitamos principalmente caballerías para poder operar con eficacia contra infidentes Jalisco cuya principal arma es ésta”.¹¹¹ Luis León, callista de hueso colorado, se había entrevistado con Obregón en Irapuato, y de esa conversación dedujo que la mejor ayuda que Calles podía darle era reunirle el mayor número de caballos para el Occidente, “llegando el presidente a decirme que esta tarea así como su eficaz labor de reclutamiento y organización sería la más brillante batalla que ganara usted a los infidentes”.¹¹²

El 14 de enero daba rienda suelta a su frustración:

Estoy verdaderamente angustiado porque hemos emprendido nuestras operaciones definitivas sobre Guadalajara, no obstante la fuerza de nuestra columna, he querido reconocer que nuestras caballerías son en número menor y si los soldados pueden competir y superar, en cambio los caballos en su mayoría no están en las mismas condiciones. Esto ha facilitado al enemigo para hacer movimientos rápidos, sin que podamos destacar columnas caballería por temor de poner en peligro al resto de la columna; si nos quebrantan esta arma, única forma que concebí de poner a nuestros regimientos en condiciones supremacía, fue la de adquirir número suficiente de pistolas escuadra 45 automática para todos los soldados de esta arma, pero

¹¹¹Obregón a Calles, 5 de enero de 1924, ACT-APEC(A), exp. 5, f. 360.

¹¹²León a Calles, 9 de enero de 1924, ACT-APEC, inv. 3179, exp. 121, f. 218-223.

todos mis esfuerzos y toda mi impaciencia han naufragado ante el cúmulo de dificultades para obtener el armamento aludido. Me dirijo a nuestros cónsules y a la embajada y no obstante comunicarme que todo se ha arreglado ya, ni siquiera tengo noticia de la fecha probable de embarque de estas pistolas, y considerando que mayor demora puede traernos nuevas complicaciones, he resuelto que se haga el avance definitivo sin dejar de reconocer cuál es el punto débil de nosotros y que puede, como ya lo ha hecho, aprovechar ventajosamente el enemigo. Afectuosamente.¹¹³

La reproducción completa de este telegrama la justifico porque muestra plenamente la angustia de Obregón, su falta de confianza en el triunfo y la necesidad de actuar aun sin tenerla. También es de alguna manera una recriminación a su candidato, pues su trabajo era precisamente éste; no hay que olvidar que varios de los cónsules encargados de comprar las armas eran más bien gente de Calles que de Obregón, como Arturo Elías en Nueva Orleans o Emiliano Tamez en Eagle Pass. Precisamente en el lado mexicano de esa ciudad fronteriza, Piedras Negras, Calles intentó, por instrucciones presidenciales, arreglar la compra de 2,000 caballos en una sola partida, lo que implicaba un precio menor y sobre todo rapidez. Pero esto no fue posible y, un día antes del telegrama citado, le proponía irlos comprando por partidas menores y despacharlos a Irapuato conforme fueran pasando la frontera; aclaraba que los caballos eran mansos y a un precio que oscilaba en los 35 dólares. Obregón no tuvo más remedio que aceptarlo.¹¹⁴ Antes había intentado conseguirlos en México: a los gobernadores leales solicitó que los enviaran hasta llegar a un total de 5,000.¹¹⁵ Pero de los que recibió de distintas partes de la República, sólo un 30 por ciento resultaban útiles para el servicio; seguramente esto lo desesperó a tal grado que primero ordenó a Calles el despropósito de conseguir con los rancheros texanos nada menos que 10,000 caballos, pero más adelante, cuando se serenó, le pidió los 2,000 ya señalados.¹¹⁶ Para el 22 de enero apenas habían pasado por la frontera de Piedras Negras 470, aunque Tamez estimaba que para principios de febrero podría tener 1,500 más.¹¹⁷ Pero el problema fue

¹¹³Obregón a Calles, 14 de enero de 1924, ACT-APEC(A), exp. 5, f. 520.

¹¹⁴Telegramas entre Calles y Obregón, 13 de enero de 1924, *idem*, f. 412, 410-411.

¹¹⁵Obregón a Calles, 20 de diciembre de 1923, *idem*, f. 39.

¹¹⁶Obregón a Calles, 12 de enero de 1924, *idem*, f. 487-488.

¹¹⁷Obregón a Calles, 23 de enero de 1924, *idem*, f. 674-677.

el mismo –tal vez no en la misma proporción–, pues una parte de esa caballada resultó inútil, algunos animales estaban enfermos y otros ya viejos; esto lo denunció el general Ignacio Enríquez, a quien el presidente había prometido darle 500 caballos. Calles defendió a Tamez, pues sabía que su defensa era la defensa de él mismo; negó primero lo aseverado por Enríquez y luego inventó que gente extraña había introducido “animales defectuosos” para desprestigiar el trabajo de Tamez. El presidente terminó por ordenar a éste suspender la compra de caballos.¹¹⁸

En cuanto a las pistolas, Obregón estaba convencido de la efectividad de esas armas para la caballería, de ahí su urgencia de dotarla de ellas.¹¹⁹ Pero aquí también había problemas. Los productores norteamericanos de armas –nos dice Arriola– amenazaban con vender a otros si no se hacía el acuerdo rápido y, sobre todo, si no se depositaba de inmediato un porcentaje importante de la operación.¹²⁰ Un ejemplo –y al cual hacía referencia en el telegrama que reproduzco– lo encontramos precisamente en una transacción de pistolas calibre 45; el negociante advertía al gobierno mexicano que para evitar otro retraso en el embarque de 3,000 de ellas, le situara de inmediato 100,000 dólares en un banco norteamericano.¹²¹

El estado de ánimo presidencial nos lo describe el periodista de *El Universal*, Fernando Ramírez de Aguilar, alias Jacobo Dalevuelta. Nos dice que en esos días las bromas, tan frecuentes en él, se acabaron, no se le veía sonreír: “Con la piel encendida, tosía con frecuencia, una tosecilla seca, pequeña, persistente que mucho le molestaba. De vez en cuando se le notaban contracciones nerviosas en el muñón de su brazo amputado.”¹²²

Y es que Obregón tendía (como en la descripción de Serrano que reproducimos en el capítulo anterior) a somatizar sus preocupaciones en una afección en la garganta; al sentirse abandonado o traicionado también se sentía enfermo. Por eso la presencia de un médico de confianza era importante para que el presidente se sintiera protegido; Ramírez de Aguilar señala la influencia que tenía el general Osornio, su médico per-

¹¹⁸ Calles a Obregón, 7 de febrero de 1924, ACT-APEC inv. 4038, exp. 5, f. 335; Calles a I. Enríquez, 6 de febrero, inv. 1777, exp. 48, f. 94; Calles a Obregón, 27 de enero, ACT-APEC(A), exp. 5, f. 760.

¹¹⁹ Ramírez de Aguilar, *op. cit.*, p. 108; Ernesto Higuera, *Humos del cráter*, s.e., México, 1962, p. 100.

¹²⁰ Arriola, *op. cit.*, pp. 37-38.

¹²¹ J.H.A. Williams a Obregón, 12 de enero de 1924, AGN 101-R2-A62, f. 268.

¹²² Ramírez de Aguilar, *op. cit.*, p. 118.

sonal: “Su simple presencia en el Tren, ayudaba mucho a que el señor presidente no se sintiera enfermo.”¹²³

Pero –a diferencia con De la Huerta– Obregón no se dejaba llevar por esos sentimientos, y si un día se mostraba desesperado, al siguiente estaba totalmente confiado en la victoria, ansioso de que comenzara ahora sí, el avance sobre Guadalajara, avance que se vuelve una obsesión; una y otra vez se repite que éste comenzará en uno o dos días, tiempo que se alarga cada vez más.¹²⁴

La razón es que la estrategia del general zacatecano lo dejaba un tanto paralizado, pues éste la basaba en lo que a Obregón le faltaba: la caballería. Por ello, cuando se mostraba despectivo con estas fracciones de caballería, lo cierto es que ocultaba la necesidad de combatirlos, de ahí su ambigüedad. Un día decía que los estradistas, “en su impotencia han diseminado en varias columnas [...] y no estaría indicado que nos pusiéramos a batir a todas estas columnas”.¹²⁵ Al día siguiente, indicaba lo contrario: que era necesario perseguirlas y acabar con ellas.¹²⁶ Un informe de inteligencia militar norteamericana destacaba las ventajas tácticas que daban las fracciones de caballería rebelde, por su gran movilidad, y por no estar sujetas al estado de las vías férreas.¹²⁷

Y es que una de ellas, al mando de Buelna, se acercó con la ambición de atacar al presidente en Celaya, que en ese momento no tenía muchas fuerzas ahí. El ataque nunca se realizó, según Valadés, porque Estrada ordenó a Buelna rectificar el rumbo hacia el sur y contribuir en el ataque a Morelia.¹²⁸ Pero además de que la capital michoacana era el objetivo de Estrada, lo cierto es que él no podía saber a ciencia cierta con cuántos hombres contaba el presidente itinerante; él no podía otear el horizonte para saber la ubicación y la cantidad aproximada de fuerzas enemigas: no tenía aviones, esos espías aéreos que tanto ayudaron a los obregonistas. No podía saber que el día que Buelna amagó Celaya, el presidente estaba en Pénjamo.¹²⁹ Esta movilidad fue una gran estrate-

¹²³ *Idem*, p. 130.

¹²⁴ La prensa informaba que “era inminente” o “ya se había iniciado” el ataque sobre Guadalajara, *El Universal*, 13 y 14 de enero de 1924; *Excélsior*, 20 de diciembre de 1923 y 19 de enero de 1924.

¹²⁵ Obregón a Calles, 20 de enero de 1924, ACT-APEC(A), exp. 5, f. 567.

¹²⁶ Obregón a Calles, 21 de enero de 1924, *idem*, f. 607-608, 611-612.

¹²⁷ Informe sin firma, 10 de febrero de 1924, NAW-MID, 2657-G-432, exp. 60.

¹²⁸ Valadés, *Rafael Buelna...*, pp. 132-148; Ulloa, *op. cit.*, p. 30.

¹²⁹ El 20 de enero Obregón le decía a Calles desde esa población que la columna de Buelna avanzaba de Salvatierra con rumbo a Celaya. ACT-APEC(A), exp. 5, f. 586. El 22 ya en Celaya le señalaba que el enemigo se dirigía a Morelia, *idem*, f. 638.

gia de Obregón para contrarrestar las caballerías estradistas. Pero como no tenía nada que mover, simulaba movilizaciones. El famoso tren presidencial en el cual se desplazaba, el *Tren Amarillo*, en ocasiones lo mandaba vacío y él viajaba en otro. Por esas fechas, ese tren andaba por San Luis Potosí y Obregón pedía a Calles que se lo reexpidiera a Celaya. Cuando el cónsul en aquella población vio llegar el *Tren Amarillo* le costó mucho tiempo averiguar si el presidente venía en éste; tampoco entendía por qué llegaron siete trenes vacíos poco después.¹³⁰ José Gonzalo Escobar, segundo jefe de la Columna de Occidente, no tenía descanso porque Obregón lo mandaba de un lado para el otro, de Celaya a Salvatierra, de ahí de nuevo a Celaya y a Yuriria, y el enemigo rehuyendo el combate. Al salir del gabinete presidencial con una orden más de movilización, este militar le dijo a Ramírez de Aguilar, con amarga ironía: “Decididamente, periodista, ya no soy el general Escobar. Cambio mi nombre y adopto su pseudónimo. Desde hoy me llamo el «general Dalevuelta».”¹³¹

Morelia: un triunfo convertido en derrota

Además de estas “movilizaciones” para engañar al enemigo, Obregón siguió con su plan de alejar a Estrada de Ocotlán-Guadalajara. Cuando el zacatecano llegó a Salvatierra, después de ser ocupada por Buelna, se comunicó con Obregón, quien primero creyó que le telegrafió el jefe de la guarnición de esa población, pero Estrada se identificó suscitándose el siguiente diálogo:

- Sé que usted marcha a atacar Morelia.
- Sí, marchó a atacar Morelia.
- No tomará usted esa plaza, aseguró Obregón.
- La tomaré.
- La defenderé con todos mis elementos.
- No importa, la tomaré.¹³²

¹³⁰ Obregón a Calles, 21 de enero de 1924, *idem*, f. 612-613; Walter F. Boyle a Hughes, 23 de enero, NAW 812.00/26888.

¹³¹ Ramírez de Aguilar, *op. cit.*, p. 92.

¹³² Valadés, *Rafael Buelna...*, p. 142.

Más que un desafío, encontramos aquí una provocación. El zacatecano cayó en ella y se dirigió con la mayoría de sus caballerías hacia la antigua Valladolid, ciudad que creció en la Historia con la fama de inexpugnable, debido a la posición privilegiada en la que se encuentra, pues todos los caminos hacia ella son ascendentes, favoreciendo enormemente a los defensores.

Obregón había designado como jefe de la guarnición a un general joven y valiente, “el chato” Manuel N. López, pero novato y que no pertenecía al círculo de confianza del presidente. Por otro lado, la guarnición de Morelia se reducía a 500 soldados de línea y aproximadamente 270 de elementos irregulares, guardias civiles y agraristas de diversas partes de la entidad dirigidos por el coronel Félix Ireta. El gobernador Sidronio Sánchez Pineda, leal obregonista, también contribuyó a la formación de estos cuerpos.¹³³

El caso del líder agrarista Primo Tapia –estudiado por Friedrich– es elocuente sobre la actitud de algunos contingentes agraristas y la inestable defensa que podían dar. Tapia había conseguido de Calles dinero y una orden para que el “chato” López le diera armas; pero al llegar a Morelia los estradistas estaban ya sobre la ciudad. En lugar de intentar defender con su gente la ciudad o alejarse de ella, Tapia pactó con Estrada, quien le dio armas y parque para su gente: 150 tarascos. Pero el líder agrario las utilizó para combatir a sus enemigos locales en lugar de a los enemigos de Estrada. Según Friedrich, durante la rebelión Tapia cambió siete veces de bando y finalmente fue perseguido por ambos; en 1927 Tapia fue asesinado por un agente del presidente Calles.¹³⁴ Ramón Puente ha señalado la frialdad de Obregón para disponer de la vida humana sin inmutarse, pues era un hombre pragmático en extremo.¹³⁵ Por eso el sacrificio de los militares que se encontraban en Morelia resultaba necesario y hasta conveniente.

El ataque a la ciudad comenzó el 22 de enero y la rendición llegó hasta el 24. Sobre el total de las fuerzas rebeldes que participaron encontramos cifras muy variable: Monroy Durán asegura que fueron 6,000, lo

¹³³ Monroy, *op. cit.*, pp. 306-308.

¹³⁴ Paul Friedrich, *Revolución agraria en una aldea mexicana*, FCE-CEHAM, México, 1981, pp. 133-139.

¹³⁵ Puente, *op. cit.*, p. 181.

cual nos parece muy exagerado; más plausible nos parece la cifra de Amaya de 4,000.¹³⁶ A pesar de la temeridad del “chato” López, parece que algunas disposiciones para la defensa estuvieron equivocadas, pues intentó defender un perímetro muy extenso, lo que impidió un adecuado acceso a los pertrechos.¹³⁷ Diéguez, con 1,500 hombres de caballería, fue quien inició el ataque y después lo hicieron Estrada, Buelna y otros. Según Ramírez Garrido, Diéguez inició el ataque sin esperar la orden de Estrada, ocasionando una inútil precipitación, pues el resto de las fuerzas estaban apenas desembarcando los caballos.¹³⁸ El exceso de confianza –o como dice de él Puente, el ser demasiado iluso– llevó a Buelna a ponerse imprudentemente en medio de un fuego cruzado del enemigo recibiendo una bala por la espalda que lo dejó agonizante, muriendo a las pocas horas.¹³⁹ El mismo día, en la ciudad de México, era asesinado por esbirros de Morones, el senador Francisco Field Jurado, quien encabezaba al grupo de senadores que se oponían a la ratificación de los Tratados de Bucareli.

Mientras tanto, en Morelia la defensa se hacía insostenible. Obregón señaló, justificándose, que ordenó a López “evacuara la plaza eludiendo un sacrificio inútil y que el citado general recibió la orden cuando ya el enemigo estaba tan próximo que su retirada resultaba comprometida y resolvió defenderla”.¹⁴⁰ Lo que en realidad parece es que Obregón intencionalmente retrasó esa orden, pues requería el sacrificio de estos elementos para su plan general de campaña en Occidente. La prueba es que la orden de evacuación la recibió “el chato” por un avión obregonista que la dejó caer, ya que el enemigo estaba prácticamente en la ciudad y no cerca de ella.¹⁴¹ En un acto de desesperación, “el chato” formó una columna para tratar de salir de la ciudad; lo lograron algunos, entre ellos el gobernador Sánchez Pineda, pero otros quedaron prisioneros, y López

¹³⁶ Monroy, *op. cit.*, p. 310; Juan Gualberto Amaya, *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes “peleles” derivados del callismo*, s.e., México, 1947, p. 46.

¹³⁷ Luna, *op. cit.*, pp. 106-107; Monroy, *op. cit.*, pp. 309-310.

¹³⁸ *Así fue...* *op. cit.*, pp. 58-59. Esto, según un testimonio, provocó una fuerte desavenencia entre Diéguez y Estrada. José María Moreno, “Insurrección delahuertista”, AAA, caja III, doc. 331, f. 48-49. Sánchez Pineda también dio su versión en una entrevista, *Excelsior*, 9 de febrero de 1924.

¹³⁹ Esto ocurrió el 23 de enero. Sobre distintas versiones de su muerte véanse Valadés, *Rafael Buelna...*, pp. 149-154; Izaguirre, *op. cit.*, pp. 170-175; Ramírez Garrido, *Así fue...* *op. cit.*, pp. 57-63.

¹⁴⁰ Obregón a Calles, 24 de enero de 1924, ACR-APEC(A), exp. 5, f. 709.

¹⁴¹ Monroy, *op. cit.*, p. 315.

herido. Se dice que en venganza por la muerte de Buelna, el general Arnáiz, subordinado de éste, asesinó a Manuel N. López; esto es factible dada la estimación que tenía Buelna entre sus filas.¹⁴²

Con esta victoria Estrada esperaba allanarse el camino hacia la capital federal, pasando por Toluca. Pero no contaba con la pasividad con que se llevaban las cosas en el frente oriental, donde no se tomaba ofensiva alguna. En el Sur, Oaxaca y Guerrero, las cosas no eran muy distintas. La victoria fue, además, sumamente costosa, pues Estrada pagó el precio de atacar una ciudad que tenía la bien ganada fama de inexpugnable. Feliz, el presidente le decía al “viejo” Martínez: “La victoria aparente que alcanzaron en Morelia, significa una verdadera derrota, pues todos los viajeros están de acuerdo en que pasan de 600 bajas las que sufrieron y que consumieron casi en su totalidad su dotación de cartuchos.”¹⁴³

Esta afirmación nos muestra la socarronería del presidente, pues días antes, al conocer la derrota de López, que evidentemente ya esperaba, comentó furioso a uno de sus jefes: “¿A dónde iré a dar con estos jefes de valor indiscutible, pero que todo me lo descomponen al desobedecer mis órdenes?”¹⁴⁴ Por lo dicho antes, es evidente que López no desobedeció a Obregón, le fue imposible hacerlo, obligándolo a sostener una defensa casi imposible él solo. Pero como entre sus subordinados no podía dar la imagen de un general que manda al matadero a sus soldados, es que muestra este enojo por supuestas desobediencias. A diferencia de la derrota de Cárdenas, donde perdió toda una columna de caballería –el arma más apreciada en este frente– aquí las fuerzas eran menores, sin caballada, y muchas de ellas recientemente reclutadas y sin experiencia.

Pero donde sí podía resentir más el gobierno esta derrota era en la opinión pública, ya que en ese momento los rebeldes dominaban todo el Sureste, Oaxaca, parte de Puebla y Veracruz; en el Centro, las fuerzas

¹⁴²Luna, *op. cit.*, p. 113; Amaya, *op. cit.*, p. 47; Higuera, *op. cit.*, p. 111; Monroy, *op. cit.*, p. 323. Esto también lo afirma José María Moreno, quien jefaturaba un regimiento estradista, “Insurrección delahuertista”, AAA, caja III, doc. 331, f. 48-49.

¹⁴³Obregón a E. Martínez, 28 de enero de 1924, AHDN-EM, f. 1497-1498. Otras fuentes hablan de 900 bajas del enemigo, y 700 prisioneros hechos a los federales, Cejudo a Calles, 27 de enero, ACT-APEC, exp. 126, inv. 842, f. 52.

¹⁴⁴Amaya, *op. cit.*, p. 46. Varios autores consideran que López desobedeció a Obregón e imprudentemente intentó la defensa: el propio Amaya e Higuera, *Humos del... op. cit.*, pp. 110-111.

de Cavazos no daban descanso al gobierno y Rómulo Figueroa amenazaba Toluca, mientras que en Ocotlán las fuerzas de Alvarado estaban perfectamente parapetadas. Todo, aunado al cuestionamiento y críticas por el asesinato de Field Jurado. Es por eso que en la capital del país los periódicos recibían de la Secretaría de Guerra muchas mentiras: el mismo día en que cae Morelia se dice que fuerzas del gobierno enviadas de Nayarit ocuparon Guadalajara. Al día siguiente rectifican con otra mentira sobre supuestos combates en Acámbaro. Es hasta el 26 que logran dilucidar que Morelia está en poder de los estradistas.¹⁴⁵

Con esta victoria los estradistas juntaron 300,000 pesos por préstamos forzosos, pero en cambio nunca encontraron las municiones y armas que imaginaron, pues una gran parte de los defensores eran, como dijimos, fuerzas irregulares, y éstas generalmente tenían armas antiguas y defectuosas.¹⁴⁶ El general rebelde Miguel Ulloa señala que esta acción bélica fue contraproducente, ya que se logró poco y se perdió en cambio a Rafael Buelna.¹⁴⁷ La muerte del valiente militar sinaloense provocó un deseo de venganza entre la tropa rebelde; a los oficiales capturados querían fusilarlos de inmediato, acción a la que se opuso Estrada. Entre ellos estaba el jefe de estado mayor de la jefatura de operaciones en Michoacán, coronel Manuel Ávila Camacho y su hermano Maximino, con igual grado. El jefe rebelde les ofreció salvoconductos a los oficiales, pero a cambio de que dieran su palabra de honor de no hacer armas contra él. Todos firmaron menos los Ávila Camacho, pues Manuel le dijo a Estrada: “General, aun cuando sé que mis palabras harán que me lleven al paredón, no puedo firmar, porque di mi palabra de honor como soldado al gobierno y solamente tengo una”. Ante esta respuesta, Estrada le dio un abrazo al valiente coronel y lo dejó partir.¹⁴⁸

Esta anécdota que engrandece tanto la figura de quien llegaría a ser presidente, muestra cómo se construyen las vidas de los Grandes Hombres. Estrada tenía por costumbre el gesto generoso de dejar en libertad a los oficiales enemigos que capturaba; sin embargo, aquí se

¹⁴⁵ *El Universal*, 26 de enero de 1924; Taracena, *op. cit.*..., novena etapa, pp. 245-247.

¹⁴⁶ Monroy, *op. cit.*..., pp. 312, 326.

¹⁴⁷ Ulloa, *op. cit.*..., pp. 30-31.

¹⁴⁸ Dulles, *op. cit.*..., p. 221; Taracena da otra versión, pues indica que Estrada, después de oír a Manuel, mostrando indiferencia le dijo: “No andamos en México tan sobrados de militares que cumplan su palabra de honor. Márchense pues.” *Op. cit.*..., novena etapa, pp. 247-248.

resalta al beneficiado, pues aparece como leal y valiente, mientras que el benefactor sólo sirve para avalar la conducta de aquél. No tengo pruebas de que la anécdota sea inventada, pero lo más probable es que los Ávila Camacho hubiesen recibido el salvoconducto sin chistar. El coronel Luna, quien salió de Morelia en el mismo coche que éstos, nunca menciona que alguno de ellos se hubiese ufanado de esta hazaña, que hubiera resultado de lo más natural entre colegas que escapan del mismo peligro.¹⁴⁹

Llegan los yaquis

Estrada tuvo que pagar un costo muy alto por la victoria en Morelia. Primero, porque hizo aquello que su enemigo quería: alejarlo de Guadalajara. Segundo, porque dio tiempo a los gobiernistas para dotar a sus fuerzas de lo que necesitaban para atacar la capital tapatía.

Al iniciar la rebelión, Obregón encargó al general Jesús M. Aguirre el reclutamiento de indios yaquis y mayos; eran estos grupos indígenas en los que más confiaba el presidente –y a diferencia de otros casos que ya hemos señalado–, no dudó en armarlos debidamente. Ambos grupos indígenas eran frecuentemente confundidos, y durante la rebelión, cuando se hacía referencia a contingentes yaquis, podían ser mayos o viceversa. Edward Spicer nos aclara el porqué: asegura que es casi imposible separar el desarrollo yaqui y mayo, una vez que ambos empezaron a trabajar con los jesuitas durante el siglo xvii.¹⁵⁰ La diferenciación más importante ocurre durante el Porfiriato, cuando los mayos son sometidos mientras que los yaquis mantienen la lucha por su autonomía y tierras, a pesar de la deportación masiva de que son víctimas. En todo caso, la distinción que nos interesa señalar aquí es la que surgió a raíz de la Revolución. Durante esta lucha hubo un grupo de yaquis que accedió a colaborar con los revolucionarios, a este grupo se le conoció como los “mansos” o, paradójicamente, “militaristas” porque la mayoría se alistaba en el Ejército; otro grupo se rehusó a participar en una lucha que no consideraba suya, excepto en hechos de armas aislados: Santa Rosa, Santa María,

¹⁴⁹Luna, *op. cit.*, pp. 114-115.

¹⁵⁰Edward H. Spicer, *Los Yaquis. Historia de una cultura*, UNAM, México, 1994, p. 14.

Guaymas y Mazatlán (1913-1914), precisamente bajo el mando de Obregón. Para acceder a ello, los revolucionarios les prometieron la devolución de sus tierras, lo cual nunca sucedió. Este grupo que se rehusó a participar en la lucha revolucionaria se les conoció como los “rebeldes” o “brancos”, y entre ellos se nombraban los “yaquis legítimos” o “civilistas”.¹⁵¹ Es importante señalar esta distinción para entender por qué y cuáles fueron los yaquis que participaron de forma constante al lado de Obregón: los “mansos”, o como les decían los “auténticos yaquis”, los “torocoyoris” (traidores). Tres jefes de este último grupo que se distinguieron y lograron altos grados en el Ejército Nacional participaron de manera destacada del lado gobiernista durante la rebelión: Francisco Urbalejo, Roberto Cruz y José Amarillas. Por la circunstancia de su origen, y el de sus tropas, en varias ocasiones se dijo que Amarillas se había pasado con los delahuertistas y, según algunas versiones, el mismo Obregón lo llegó a pensar.¹⁵² Esto nos lleva a una pregunta interesante: ¿por qué los “yaquis legítimos” no se levantaron en armas? Cuando De la Huerta fue gobernador de Sonora y después presidente provisional buscó acabar con la “guerra del yaqui” (así se nombraba a las campañas en contra de esta comunidad) como forma de resolver ese problema. Durante esos periodos, el guaymense invirtió en infraestructura para estas comunidades y promovió la restitución de sus tierras. De la Huerta incluso tenía su sangre, pues su padre, Torcuato de la Huerta era hijo de mujer yaqui.¹⁵³ Todavía se recordaba cuando en mayo de 1920 Adolfo de la Huerta llegó desde Sonora con una escolta de 50 “yaquis legítimos” a quienes instaló a un paso de la residencia presidencial de Chapultepec (en el cuartel de Chivatito). En ese tiempo era inimaginable ver a este grupo, los “rebeldes”, armados y a un lado del Presidente de la República.¹⁵⁴ Para Spicer, De la Huerta fue –hasta ese momento– el único gobernante que vio el problema del yaqui bajo otra perspectiva, con el objetivo de respetar sus costumbres y autonomía.¹⁵⁵

Sin embargo, el cónsul en Guaymas informaba a principios de 1924 que los yaquis consideraban a De la Huerta un muy especial amigo y

¹⁵¹ *Idem*, pp. 286-290.

¹⁵² Claudio Dabdoub, *Historia de el valle del Yaqui*, Librería Manuel Porrúa, México, 1964, p. 220.

¹⁵³ *Idem*, p. 211.

¹⁵⁴ La crónica de cómo lograron convencer para ir a la ciudad de México, a este grupo que rehuía siempre salir de su tierra, pues siempre tenían en la mente las deportaciones de que fue objeto, en *idem*, p. 218.

¹⁵⁵ Spicer, *op. cit.*, p. 295.

protector, estaban tranquilos y no había indicios de que pretendieran alzarse. Él creía que esto se debía a la ayuda que seguían recibiendo del gobierno.¹⁵⁶ Efectivamente, lo que hizo Obregón fue simular que estaba de acuerdo con la política que llevó a cabo De la Huerta. Dos meses antes alertaba a Pani para que esa ayuda no se interrumpiera.¹⁵⁷ Fingió estar de acuerdo con esa política para evitar un alzamiento yaquí a favor de su paisano. Esta explicación concuerda con la que da Spicer de por qué no se dio este alzamiento: dice que los yaquis estaban muy ocupados en levantar las escuelas y en cultivar las tierras conseguidas cuando De la Huerta estuvo en el poder. Y digo que Obregón fingió porque durante los años revolucionarios fue un convencido de la “guerra del yaquí”, y sus reivindicaciones le parecían –dice Spicer– tan imposibles como a un hacendado porfirista.¹⁵⁸ Después que dejó la presidencia seguía pensando de la misma manera y hasta promovió otra campaña en su contra en 1926.

Regresando a los hechos de 1923, la concentración de los reclutados del general Aguirre se complicó porque el río Mayo se desbordó en la última semana de ese año. No obstante, el gobernador Alejo Bay, a instancias de Calles hacía todo lo posible por acelerar el asunto.¹⁵⁹ Estos atrasos contribuyeron a la desesperación presidencial; el problema de la ruta era otro. Bajar por la costa occidental era imposible pues la mayoría de barcos y puertos estaban en manos rebeldes. Por ello –repitiendo el mismo procedimiento que utilizó en 1915 para llevarle tropas de refuerzo a Calles en Agua Prieta–, el 18 de enero Obregón solicitó al Departamento de Estado norteamericano que la columna de Aguirre pasara por territorio norteamericano, desde Naco hasta El Paso.¹⁶⁰ Se requirió además el permiso de los gobernadores de Arizona, Nuevo México y Texas. Lo más laborioso fue el trámite de migración de los

¹⁵⁶Informe de Henry Damm, 10 de enero de 1924, NAW 812.00/26776. Para una visión idílica de la relación entre Obregón y los yaquis véase Hansis, *op. cit.*, pp. 293-295.

¹⁵⁷Obregón le decía a Pani que hacía 3 meses que no recibían “el pago de costumbre y es urgente situar fondos con este objeto.”, 20 de noviembre de 1923, ACT-AFT inv. 5984, exp.19, f. 263. Meses antes, un artículo de *Excelsior* (6 de febrero de 1923) resaltaba la tranquilidad que había en la región, señalando que el artífice de ésta había sido De la Huerta cuando fue gobernador.

¹⁵⁸Spicer, *op. cit.*, pp. 291-292. Dabdoub explica la actitud pasiva de los yaquis por la captura y fusilamiento (por cierto llevada a cabo por Marcial Cavazos que después se rebelaría) del general Fructuoso Méndez, quien no era yaquí pero fue quien convenció a los “rebeldes” de participar en distintos hechos de armas y de formar en 1920 la escolta para De la Huerta, *op. cit.*, pp. 219-220.

¹⁵⁹Calles-A. Bay, 26 a 31 de diciembre de 1923, ACT-APEC inv. 564, exp.11, f. 24-33.

¹⁶⁰Summerlin a Hughes, 19 de enero de 1924, NAW 812.00/26870.

1,800 soldados uno por uno; el convoy consistió en 51 carros. Otro retraso, según el encargado de realizar el embarque, fue la ineficiencia y “falta de malicia” del encargado de negocios en Washington, Manuel Téllez, quien no se cercioró de que las órdenes de Washington llegaran a autoridades militares, de Migración y aduanas de la frontera.¹⁶¹ De cualquier manera, las tropas de mayos y yaquis arribaron a El Paso el 21 y cruzaron la frontera. Un agente del Departamento de Justicia fue enviado para informar. Señala que a Juárez entraron 1,232 hombres, cuando el informe del administrador Díaz menciona 1,800. La explicación puede ser la muy frecuente costumbre entre los militares –que se acentuaba en los momentos de emergencia cuando se necesitaba reclutar gente–, de inflar el número de tropa y así los jefes pedían haberes y equipo para mayor número, excedente que iba a sus bolsillos. Además –y de nuevo práctica normal para contingentes recién reclutados–, los indios con sólo entrar de nuevo a territorio mexicano comenzaron a desertar. El agente entrevistó a uno de los oficiales mayos, quien le dijo que la mayoría de ellos eran campesinos, que Aguirre los había engañado, pues les había dicho que formarían defensas sociales para proteger sus tierras en caso de un levantamiento en Sonora y que el gobierno les daría armas. Un día les dijeron que el levantamiento ya se había producido en la costa oeste del estado y había la necesidad de transportarse en tren a través de Estados Unidos. Cuál sería su sorpresa al darse cuenta de que iban en dirección contraria; por eso, muchos desertaron al llegar a Juárez; según el agente se trajeron niños de 10 o 12 años y hasta viejos de 80 o 90 para darle ánimos a los jóvenes.¹⁶² Este testimonio contradice lo que los obregonistas pretendían dar a entender: que todo el estado de Sonora estaba dispuesto a apoyar a Obregón y a su candidato. Por eso, dos años después, los “legítimos yaquis” se rebelaron contra el gobierno callista, pues consideraban, y con razón, que constantemente habían sido traicionados. A raíz de esta revuelta, De la Huerta declaró que efectivamente los yaquis en 1923-1924 fueron engañados para llevarlos al frente. Aunque la razón que da parece un tanto fantástica, no lo es tanto si consideramos el testimonio anterior: según su versión se les había dicho que él

¹⁶¹ Informe del Administrador de Aduana en Nogales, Carlos Díaz, 22 de enero de 1924, AGN, 101-R2-I-1, leg. III, f. 43-45.

¹⁶² A.M. Chávez a Hoover, 25 de enero de 1924, NAW-MID, 2657-G-432, exp. 95-98.

había sido secuestrado por Guadalupe Sánchez y la misión de Obregón y Calles era rescatarlo. Para mantener el engaño rodearon a las tribus de un intenso espionaje que confirmara a los yaquis esta información falsa.¹⁶³ En todo caso, el testimonio recogido por el agente norteamericano no es más que otro capítulo de los engaños y traiciones que yaquis y mayos recibieron de sus “protectores”.

En Ciudad Juárez, la columna de Aguirre fue transportada por tren rumbo a Celaya, vía Torreón y San Luis Potosí. A esta última población llegó con sólo 400 hombres.¹⁶⁴

Durante esas fechas Obregón recibió numerosos pertrechos más y también pudo fortalecer sus caballerías. Entre lo más novedoso que llegó fueron 14 aviones que el gobierno norteamericano le vendió. El contacto para la compra fue el cónsul mexicano en San Antonio, Alejandro Lubbert, quien relata la manera casual en la que ocurrió: durante una recepción conversó con un militar norteamericano y se enteró que en Fort Bliss tenían un excedente de 10 aeroplanos y muchos rifles. Se aprovechó la situación de que México requería este equipo y que el Departamento de Guerra norteamericano lo tenía en exceso –es de pensar que alguna parte de éste ya era obsoleto–, y existiendo anuencia del Departamento de Estado para realizar la transacción, ésta se hizo lo más pronto posible.¹⁶⁵ El 28 de enero los aeroplanos estaban ya en Nuevo Laredo para ser despachados a Irapuato; en el mismo embarque llegaban repuestos para las ansiadas pistolas Colt destinadas a la caballería.¹⁶⁶

El Matador en el ruedo

No solamente la llegada de los “trastos de matar” era un buen augurio de que la campaña cambiaría de giro, hasta ahora sólo con victorias para los rebeldes. La derrota fulminante de los delahuertistas en Esperanza a fines de enero daba un respiro a las fuerzas del gobierno. La movili-

¹⁶³ Entrevista con De la Huerta en *La Opinión* de Los Ángeles, 16 de diciembre de 1926, recorte en ACT-AFT, exp. 14, inv. 6279, f. 58.

¹⁶⁴ Calles a Obregón, 23 de enero de 1924, ACT-APEC(A), exp. 5, f. 671.

¹⁶⁵ Lubbert a Torreblanca, 4 de febrero de 1924, AGN 101-R2-A62 f. 262.

¹⁶⁶ E. Treviño a Obregón, 28 de enero de 1924, AGN 101-R2-A62 f. 339. También llegaron 5,000 rifles.

ción de tropas fue del frente oriental al occidental. Como los trenes eran insuficientes, Obregón mandó incautar en la ciudad de México camiones y hasta taxis para el transporte de tropas. En la línea que corría de Belén a Peralvillo agentes del gobierno contrataron 150 camiones con todo y choferes, los cuales fueron embarcados en trenes a Celaya. A causa de la movilización militar en Occidente la capital del país sufría por la escasez de transporte.¹⁶⁷

El grueso de las fuerzas estradistas estaba en Morelia y por ello Obregón ordenó al general Amaro el avance sobre Ocotlán. Alvarado, al percatarse, dio aviso urgente a Estrada. La misión de Escobar fue estorbar el regreso de estas fuerzas hacia Jalisco y para ello marchó sobre Yuriria con el objeto de obligar al enemigo a dar la batalla en ese lugar. Obregón quería pegar primero a esta columna y después, con la seguridad de haber mermado estas fuerzas que buscaban llegar a Ocotlán, atacar este último punto.

En esos días recuperaba su ánimo e intercambió unos telegramas con su candidato, informándole de los acontecimientos que creía, próximamente se iban a desarrollar. Ambos sonorenses eran muy aficionados a los toros, Calles incluso en plena campaña cuidaba de organizar corridas en el norte del país, donde confiadamente esperaba la victoria presidencial; promovía especialmente la carrera de su buen amigo Juan Silveti, conocido como “Juan sin miedo”; el presidente, en sus escasas visitas a la capital, no dejaba de ir a las corridas que pudiera, e incluso acordaba con sus ministros en El Toreo.¹⁶⁸ Por ello no resulta extraño que para referirse al próximo combate en Yuriria dijese a Calles: “Para las 12 horas espero que abriremos plaza y tengo fundadas esperanzas de una buena tarde.”¹⁶⁹ Ese día recibe esta respuesta: “Estoy en espera del volapié para pedir que se te den dos orejas y el rabo, con ovación, vuelta al ruedo y salida a los medios.”¹⁷⁰

Parece que debido a la lentitud del movimiento de Escobar, los estradistas pudieron evitar un combate que de ninguna manera les convenía

¹⁶⁷ *Excélsior*, 2 de febrero de 1924.

¹⁶⁸ Sobre la promoción de corridas durante la campaña, APEC, exp. 127, inv. 2439, f. 358, 406; *idem*, exp. 121, inv. 2293, f. 52. Sobre Obregón, Aguirre, *op. cit.*, p. 338. El mismo día en que uno dejaba la presidencia al otro, juntos asistieron a una corrida de toros. Taracena, *op. cit.*, *décima etapa*, p. 191.

¹⁶⁹ 2 de febrero de 1924, APEC(A), exp. 5, inv. 4038, f. 265.

¹⁷⁰ *Idem*, f. 878.

dar. De haber seguido con el lenguaje antes señalado, Obregón pudo haber dicho algo así: “la tarde fue deslucida pues el ganado resultó huido y descastado.”

Hago hincapié en estas metáforas porque nos dicen mucho sobre el papel de ambos personajes en esta contienda. Obregón es quien abre plaza, es el Matador, el Primer Espada. Es quien se envalentona, reta a la muerte en cada faena, es quien mete en la muleta –en “el engaño”– a su enemigo (Estrada saliendo de su base de operación para atacar Morelia); y como toda figura del toreo, espera recibir los máximos honores. En cambio, Calles es el Apoderado que no arriesga la vida, permanece alejado del conflicto, en San Luis Potosí y Torreón; pero desde ahí apoya la carrera del Matador, le consigue armas y equipo como un apoderado contrata corridas para la figura. La ganancia del apoderado reside en que el torero triunfe, el triunfo de uno está ligado al del otro. Los dos se necesitan aunque no lleven una estrecha amistad; el torero necesita las buenas relaciones del apoderado para ser contratado en las mejores plazas y que en éstas se le dé trato preferencial para asegurar el triunfo: un ganado adecuado, si es posible con las astas limadas y sin la edad reglamentaria para facilitarle la tarea. Calles y su gente influyeron en forma importante para que el gobierno mexicano recibiera toda la ayuda de Estados Unidos. Samuel Gompers, máximo líder obrero en ese país, tenía estrechas relaciones con Calles y con Morones. Obregón recibió todo el equipo que solicitó (excepto barcos) al gobierno norteamericano y la gente de Gompers fue muy cuidadosa en impedir que los rebeldes consiguieran armas; ése también era el fin principal de la red de espionaje mexicana en Estados Unidos, que en gran parte era manejada por Arturo Elías, cónsul en Nueva Orleans y medio hermano de Calles. Otro supuesto deber del buen apoderado es acallar la prensa que critique al matador y fomentar a la que lo apoye. Calles fue acusado de corromper e intimidar a la prensa, para ello utilizaba con frecuencia a Morones. En una ocasión le dice en telegrama cifrado: “Llamo la atención de usted sobre perniciosa labor periódico *Excelsior*; fíjese en editoriales de hoy; creo que ha llegado el momento de tomar acción decisiva. Juzgo prudente ponerse de acuerdo con Inspector general policía para obrar en forma que sea prudente.”¹⁷¹

¹⁷¹ 28 de diciembre de 1923, APEC, exp. 101, inv. 3883, f. 127.

En este caso, quien impidió que dicha Acción Directa se ejecutara, fue Obregón –seguramente porque prefería ser atacado a que Morones lo “defendiese”, como ocurrió después con el asesinato de Field Jurado–, pero eso no obstó para que en la ciudad de México se dieran constantes atentados “a la libertad de expresión –señala Higuera–, que se traducían en asaltos a los talleres en que se editaban los periódicos de oposición, y destrucción de la maquinaria linotipográfica con soldados disfrazados de civiles”.¹⁷² Obregón no estaba en desacuerdo con los métodos sino con los ejecutores, por ello quien se ocupó más de este trabajo fue otro personaje tétrico de esta historia, pero también callista: Arnulfo R. Gómez, jefe de la guarnición de la ciudad de México.

El Matador es quien se tiene que lucir; éste no desconoce los “trucos” que le ayudan a este propósito, pero deja su confección a las manos expertas de su Apoderado, mientras él se prepara para la gran corrida.

El principio del fin: la batalla de Ocotlán

El frente rebelde establecido en la margen occidental del río Lerma ofrecía una magnífica defensa natural en contra de un ataque. Obregón y Amaro lo sabían y también sabían del excelente sistema de trincheras realizado por el general Gustavo Salas, militar de carrera y ex federal en tiempos de Victoriano Huerta. En él, todos los movimientos se hacían bajo tierra, siguiendo caminos subterráneos disimulados con ramas para engañar a los aviones. Eran posiciones –dice Taracena– “construidas científicamente, conforme a los más modernos adelantos en el arte de la guerra”. Por ello Salvador Alvarado estaba en condiciones de telegrafiar a Estrada: “No pasarán.”¹⁷³ Pero de cualquier manera requería refuerzos y el zacatecano buscó llegar a dárselos.

El enemigo estaba frente a frente, separado por el río. Era tal su cercanía que los soldados se gritaban injurias y desafíos; se entretenían en practicar la caza humana: si una cabeza asomaba por encima de la trinchera recibía en seguida una bala; los rebeldes tenían escuadrones dedi-

¹⁷² Higuera, *op. cit.*, p. 98.

¹⁷³ Taracena, *op. cit.*,... *décima etapa*, p. 22; Alfredo Guerrero Tarquín, *Memorias de un agrarista. Pasajes de la vida de un hombre y de toda una región del estado de Guanajuato (1913-1938)*, v. I, INAH, México, 1987, p. 167.

cados exclusivamente a esta caza, de ahí que muchos de los muertos por parte del gobierno habían recibido una bala en la cabeza.¹⁷⁴

Obregón como estratega, sabía la importancia del estado de ánimo entre la tropa. Por eso valoraba la contundencia; no hay mayor elemento de desmoralización que varias derrotas al hilo: las fuerzas de Guadalupe Sánchez habían sido destrozadas en Esperanza y a los pocos días los rebeldes, con su Jefe Supremo, abandonaban el puerto de Veracruz. Así las cosas, una derrota de igual trascendencia en Occidente era de vital importancia para dar esa sensación de contundencia. Posiblemente llegó a obsesionarlo la idea de recuperar simultáneamente las ciudades de Guadalajara y Veracruz. Por ello, decidió acabar con la espera y atacar al enemigo que tenía en frente. La opción de esperar aún más era tentadora pues una de las grandes limitaciones del enemigo era su falta de parque, situación que se agravaba con el tiroteo que se daba en ambas trincheras, y que era inevitable aunque los rebeldes tenían la consigna de ahorrarlo.¹⁷⁵

Obregón quería escenificar otra gran batalla, como las de Celaya, y hacer de ella, con el tiempo, una leyenda. En ese momento, él era capaz de escenificar la Historia. Por eso, el 8 de febrero el alto mando dio la siguiente orden: “Al venir el día, pasar el río, cueste lo que cueste.” ¿Por qué esa disyuntiva tan tajante?, ¿por qué un ataque de frente cuando había otras opciones? Porque sabía que la mejor “escenificación” de una batalla legendaria era ésta, y tenía los elementos para llevarla a cabo. Fue lo contrario a lo que hizo contra Pancho Villa en Celaya, donde aguantó el ataque frontal de la División del Norte. Ahora él podía actuar como lo hizo Villa pero con la confianza en sus propias dotes militares. Además, ahora contaba con superioridad numérica: el enemigo no rebasaba los 2,000 hombres mientras que sus fuerzas ascendían a 8,000. Tenía la “carne de cañón” suficiente para hacerlo: la columna de yaquis y mayos que cruzó parte de Estados Unidos al mando del general Aguirre; los agraristas del general José María Sánchez traídos desde Puebla y los juchitecos del general Charis. Al frente, mandó a un “yaqui manso”, el general Roberto Cruz, quien rememorando al indomable Morelos, se

¹⁷⁴Ramírez de Aguilar, *op. cit.*, p. 83; Monroy, *op. cit.*, p. 164. Eran tantos los que caían, que a los camilleros encargados de retirarlos del frente los llamaban “cargadores de carne”. Guerrero Tarquín, *op. cit.*, v. I, p. 160.

¹⁷⁵Ulloa, *op. cit.*, p. 38.

amarró un paliacate a la cabeza al iniciar el ataque. Éste se hizo utilizando un puente improvisado hecho con tablas de madera sostenidas por llantas de coche. El primero en cruzar el río, a nado y con un cable en la boca, tenía la misión calificada como imposible, pero que logró realizar, de amarrar ese cable en la otra orilla y sobre éste sus compañeros la de ir formando el puente, todo frente al fuego enemigo; finalmente, Cruz logró llegar al otro lado con más de 500 hombres. Esto fue alrededor de las 3 de la tarde, siendo que la batalla inició al amanecer. Los aeroplanos apoyaban la acción dejando caer bombas sobre las trincheras enemigas. Del lado de Poncitlán colaboraron fieramente los yaquis del general Amarillas, además de los contingentes de los generales Berlanga, Escobar, León y Ortiz. A mitad de la batalla, el general Crispiniano Anzaldo ordenó la retirada de sus fuerzas; este movimiento precipitó la huida de los rebeldes hacia Guadalajara; existía el rumor de una traición de este militar, aunque hasta ese momento nada se había definido.¹⁷⁶ Amaro –“con su gesto de indiferencia fría”, dice Ramírez de Aguilar– rindió el parte al presidente: “Ya pasamos el río, dijo con su estupenda tranquilidad. Hace un momento se acabó esto. Sólo que fue muy sangriento.”¹⁷⁷

Un día después de esta batalla, Obregón, tal vez ya dudando de la manera cómo se llevó a cabo, ordenó que la Secretaría de Guerra hiciera un estudio, mismo que realiza una comisión presidida por el general e ingeniero Miguel González y en él se asienta que hubo diversos errores de estrategia, siendo los más importantes:

1. Era mucho más conveniente el ataque en Poncitlán porque la línea de trincheras del enemigo era más pequeña, 250 metros (el de Ocotlán era de 800) y se tenía la posibilidad de pasar el río por tres puntos: vado, puente y presa; por ese frente era más difícil que escapara el enemigo como ocurrió en Ocotlán.

¹⁷⁶ *Excelsior* hacía eco de este rumor en un editorial (20 de diciembre de 1923) al señalar “que a punto fijo no se sabe si [Anzaldo] resistió el canto de las sirenas estradistas, o si, seducido por él se arrepintió de su debilidad y volvió al redil legalista”. Por su parte Estrada, en declaraciones al *Brooklyn Eagle* (20 de junio de 1926), decía que “para poder cruzar Ocotlán, defendido por Alvarado, Castro y Márquez, tuvo Obregón que comprar la traición de Anzaldo”, recorte en ACT-APEC, inv. 1935, f. 63-68.

¹⁷⁷ Ramírez de Aguilar, *op. cit.*, p. 86. Otros relatos sobre esta famosa batalla en Dulles, *op. cit.*, pp. 226-228; Amaya, *op. cit.*, pp. 58-62; Cruz, *op. cit.*, pp. 86-89; Higuera, *op. cit.*, pp. 103-107; Taracena, *op. cit.*, *décima etapa*, pp. 21-26; Ulloa, *op. cit.*, pp. 37-42; Monroy, *op. cit.*, pp. 159-172; Caraveo, “Memorias”, mecanoscrito inédito, El Paso, Texas, enero de 1931, f. 177-179.

2. Ya que se había decidido atacar por Ocotlán, la lógica y la experiencia aconsejaban que el paso del río se hubiera realizado de noche; a pesar de que todo trabajo de noche se hace con más lentitud –razonaba– se aprovechan en cambio “10 horas de preciosa obscuridad. No es posible dejar de percibir el error táctico en que se incurrió al despreciar el encubrimiento nocturno”.

González reconocía que por razones “político-morales” era necesario apresurar la batalla, sin esperar el momento propicio, más bien realizarla cuanto antes, por tanto concluía que “el triunfo militar fue un costo-
so éxito”, pero “el triunfo político militar fue un completo éxito”.¹⁷⁸

Esta batalla, como ninguna durante la rebelión, suscitó muchas divergencias sobre la manera como debía llevarse a cabo.¹⁷⁹ Por ejemplo, sobre el primer punto, Amado Aguirre había elaborado un plan para realizar el ataque precisamente sobre Poncitlán, que le entregó al presidente. Sobre el segundo punto, Roberto Cruz había sugerido cruzar el río de noche. El general Amaya también propuso a Amaro un ataque de caballería por la retaguardia del enemigo, sin que se aceptara su propuesta, “nunca he podido explicarme el porqué sólo se pensó en un ataque de frente”, a costa de un fuerte número de bajas.¹⁸⁰ A un simple camillero al servicio del gobierno le parecía más que una batalla una carnicería, y que si el triunfo “se debió al caudillo mutilado, que conocía su oficio y el terreno que pisaba, el resultado fue un desastre para la patria”.¹⁸¹

Es difícil creer que Obregón no se hubiera dado cuenta de todo esto, pero también sabía –como señala el estudio de González– que necesitaba una victoria magnífica, de proporciones míticas, aunque tuviera muchas bajas (éstas fueron superiores a las del enemigo), al fin y al cabo los muertos en las guerras se reducen sólo a números que fácilmente se pueden aumentar o disminuir; necesitaba construir un escenario magnífico para la Historia, y sabía que la mejor forma de hacerlo era con una batalla frente a frente. El número oficial de bajas fue de 300, pero ciertamente fueron muchas más. La embajada norteamericana estimaba que eran cerca de 2,000, pues sólo el primer convoy que llegó a la ciudad de

¹⁷⁸ Miguel González, “Estudio de las operaciones militares sobre Ocotlán”, México, 31 de marzo de 1924. ACT-AFT, inv. 6280, exp. 15, f. 65-76.

¹⁷⁹ Amaya precisa que las operaciones contra el enemigo en Ocotlán estuvieron sujetas a una gran divergencia de criterios, *op. cit.*, p. 60.

¹⁸⁰ Cruz, *op. cit.*, pp. 86-87. Amaya, *op. cit.*, p. 59.

¹⁸¹ Guerrero Tarquín, *op. cit.*, v. I, pp. 168-169.

México transportando heridos traía cerca de 1,000; el informe señalaba que era universalmente aceptado que las bajas del gobierno habían sido muy superiores a las de los rebeldes.¹⁸²

Obregón prefirió olvidar todo esto y quedarse con lo anecdótico, con el acto temerario de Roberto Cruz (a quien hizo divisionario) cruzando el río y el rozón de bala que recibió en un testículo que llevó al presidente a decirle: “¡Tenían que pegarle ahí a ese muchacho, es lo que más le abulta!”¹⁸³

De buenas y malas estrellas

La columna al mando de Estrada y Diéguez llegó a la región donde el río Lerma desemboca en el extremo oriental del lago Chapala el 11 de febrero, conociendo sólo que Alvarado era embestido en Ocotlán. Estrada decidió atacar la línea de abastecimiento del obregonismo en La Piedad, destruyendo la vía férrea mientras que Diéguez haría lo propio en la estación de Palo Verde. El plan, según Ramírez Garrido, era inadecuado porque el enemigo los tenía perfectamente localizados, al grado que Arnulfo R. Gómez en la ciudad de México daba su exacta ubicación, perdiendo el factor sorpresa. Al darse cuenta que La Piedad era reforzada por los obregonistas, Estrada desanda sus pasos, y se dirige a Palo Verde, donde debía estar la fracción de columna de Diéguez. Ahí, éste estuvo a punto de interceptar el tren donde viajaba Obregón; lo que pasó fue que Diéguez extravió el camino por aproximadamente 40 minutos, y cuando llegó a Palo Verde hacía apenas 15 que el tren presidencial había pasado por allí, “lo que pone de manifiesto –dice Ramírez Garrido– la buena estrella del general Obregón, ya que aquí se ve que no se salvó por ningún principio táctico, sino porque el general Diéguez, al extraviar el camino que seguía, perdió unos 40 minutos en volver a tomar la ruta que tenía señalada”.¹⁸⁴

Esa oportunidad perdida la conoció Estrada casi al mismo tiempo que el desastre de Ocotlán; ello le provocó, más que simplemente des-

¹⁸² *El Universal*, 13 de febrero de 1924; Summerlin a Hughes, 15 de febrero, NAW 812.00/27029.

¹⁸³ Cruz, *op. cit.*, p. 89.

¹⁸⁴ José D. Ramírez Garrido, *El combate de Palo Verde*, s.e., México, 1925, p. 22; Ramírez de Aguilar, *op. cit.*, pp. 94-96; Caraveo, “Memorias”, f. 179.

moralizarlo, creo, una especie de deseo de una derrota final, de aniquilamiento. Tal vez por eso insistió en dar la batalla en Palo Verde, cuando el enemigo era numéricamente superior (6,000 contra 1,500) y él tenía la oportunidad de retirarse para reunirse con las fuerzas de Diéguez. Al generalizarse la batalla no se ocupó, como lo dictaban las circunstancias, de localizarlo para que lo reforzara; éste en cambio recibió una noticia falsa: que Estrada había muerto en combate y su columna había sido destrozada; por ello, lejos de acudir al refuerzo, se alejó hacia Zacapu. Cuando al general zacatecano le informaron que sus fuerzas habían comenzado a resentir el ataque de las infanterías enemigas se limitó a ordenar: “ya he dicho que nadie se mueva de su puesto”, siendo que nadie había insinuado lo contrario, simplemente le habían informado de la situación; mientras tanto, observando lo que pasaba y dando órdenes se exponía inútilmente a las balas enemigas, pues en el transcurso de la batalla dos de sus ayudantes cayeron heridos; cuando se acabó el parque y entonces sí cundió la desesperación entre oficiales y tropa, Ramírez Garrido se acercó a Estrada para rogarle ordenara la retirada, que con su muerte perdía más la rebelión que por esa derrota, “que Napoleón perdía una batalla en la mañana y la ganaba en la tarde; y que por último, que le hablaba ya no como subordinado sino como amigo, juzgando que era una infamia que nos sacrificara allí, pues no nos retiraríamos sin él”. Estos llamados a su orgullo y al alto concepto en que él mismo se tenía lo convencieron, pero ya dispuesto a hacerlo, en un gesto teatral que era su especialidad, se volvió de nuevo diciendo “¡No! Quiero que me maten aquí ya que estoy entre cobardes”.¹⁸⁵ Finalmente lo convencieron y escaparon a todo galope, perdiendo Estrada su archivo y otras pertenencias.

Es muy factible imaginar que Estrada en ese momento ya había conscientizado que nunca podría vencer y ello le hizo caer en un estado de fatalismo tal que lo llevó a dar una batalla en un lugar y momento inadecuados, y sin una finalidad determinada, como dice Ramírez Garrido, pues sólo hacían una resistencia pasiva. Todo para morir con las armas

¹⁸⁵ Ramírez Garrido, *El combate de...*, p. 34. Sobre esta batalla también véanse Dulles, *op. cit.*, pp. 228-232; Taracena *op. cit.*, *décima etapa*, pp. 29-32; Monroy, *op. cit.*, pp. 172-180; la versión de Estrada la encontramos en José C. Valadés quien lo entrevistó, *Historia General de la...*, vol. 7, pp. 286-289; Guerrero Tarquín, *op. cit.*, vol. 1, pp. 160-171; sobre dos hermanos peleando en bandos opuestos, véase el testimonio de Miguel Villegas Oropeza, “Tapando agujeritos de la historia de la Revolución”, en *Mi pueblo durante la Revolución*, vol. III, INAH, México, 1985, pp. 273-276.

en la mano, pues igual que a Obregón, le importaba sobremanera la imagen que daba ante los demás. Pero lo que anheló ese 13 de febrero cuando las balas le pasaban silbando no se cumplió y en cambio tuvo que sufrir el escarnio de su derrota. Un día antes, Roberto Cruz recibía, por su actuación en Ocotlán, el privilegio de ocupar la ciudad de Guadalajara. El 14, Obregón hizo su entrada triunfal en la capital de Jalisco. El anhelo del presidente se cumplía ya que casi de manera simultánea sus tropas ocupaban las ciudades de Veracruz y Guadalajara. Más tarde, en el escaparate de un almacén de ropa, pusieron una de las prendas que dejó Estrada en Palo Verde con el letrero “El chaquetín de Enriqueta”.¹⁸⁶

Algunos sectores de Guadalajara afines a los rebeldes se horrorizaron con la llegada de los federales. En ese ambiente, la madre de la prometida del jefe rebelde fue a ver al presidente, a pedirle garantías. A esa boda, recordemos, estaba invitado como testigo de honor. Obregón aprovechó la oportunidad para espetarle: “que él no combatía contra mujeres, que podía estar tranquila”. Y para humillarla y atemorizarla le advertía sus intenciones, y con un razonamiento tramposo hacía sentir culpable a ella y por ende a su hija al decirle:

El esposo de usted fue asesinado hace algunos años por los rebeldes villistas. Su hija está ahora a punto de casarse con un villista, de manera que usted y ella se convierten en amigas y aliadas de los asesinos de su esposo. Y el castigo de éstos debería ser la muerte de su futuro yerno.¹⁸⁷

Estrada nunca fue villista y Obregón mejor que nadie lo sabía. Antes de regresar a la ciudad de México, destacó una columna de caballería de 3,000 hombres para ir en persecución de los jefes infidentes.

La traición de Anzaldo y la captura de Alvarado

Después del desastre de Ocotlán, Alvarado y sus fuerzas se dirigieron a Sayula, población muy cercana al estado de Colima, esperando que otros jefes se le reunieran o se comunicaran con él. Fue entonces que Anzaldo,

¹⁸⁶Higuera, *op. cit.*, p. 111.

¹⁸⁷Se refería al hacendado Joaquín Cuesta Gallardo. E.J. Dillon, “La Revolución Mexicana”, mecanoscrito, ACT-AFT, exp. 12, inv. 6277, f. 23-24.

quien había ido a Colima, se declaró en favor del gobierno. En esa capital estaba Lázaro Cárdenas, quien probablemente, junto con Zuno, negoció el cambio de Anzaldo. Éste aprehendió a los generales Alvarado, Calixto Ramírez Garrido y Juan Núñez, a quienes llevó a Manzanillo y los embarcó en un remolcador. Cárdenas salió de inmediato de Colima hacia Santa Ana Acatlán, Jalisco, donde se encontraba Amaro, para informarle de todo esto, quien a su vez lo hizo del conocimiento de Obregón. Cárdenas aludió que era necesario dejar escapar a Alvarado porque de no hacerlo así, Anzaldo no hubiese tenido el respaldo de la tropa, la cual sentía gran respeto por Alvarado.¹⁸⁸ Efectivamente, el general José Márquez –quien junto con Alvarado se sostuvo lo más posible en Ocotlán–, le dijo a Anzaldo que era el colmo de las felonías entregar a sus prisioneros, convenciéndolo de llevarlos a Manzanillo y embarcarlos.¹⁸⁹ Ante estos informes, Obregón otorgó toda clase de garantías a ese militar, pues “el propio ejecutivo conoce que los verdaderos instigadores del movimiento son entre otras las personas que él ha mandado aprehender y que éstos serán consignados a la justicia”. Le indica a Amaro que “este Ejecutivo siempre fue informado que tanto Petronilo Flores como el propio Anzaldo habían repudiado en su fuero interno el movimiento subversivo y que fueron arrastrados por el medio y por las difíciles condiciones que se encontraban al secundarlo”. Además, designó a Cárdenas jefe de las fuerzas que defeccionaron con Anzaldo en Colima.¹⁹⁰ La primera versión conocida en esa entidad era que Alvarado había intentado robar y escapar con el producto de los préstamos forzosos y por ello aquél lo había obligado a salir del país.¹⁹¹ Esta versión sirvió para encubrir ante otros rebeldes la intención de Anzaldo de traicionarlos.

Es factible que cuando Cárdenas se recuperaba de su herida en Guadalajara, hubiese establecido contacto con Anzaldo y funcionado de enlace para negociar su cambio de bando. De otro modo no se explicaría la confianza que Obregón otorgó a Cárdenas –un militar que inevitablemente debía sentir simpatía por los estradistas–, a pesar de haber permitido que su odiado enemigo, Salvador Alvarado, escapara. Éste, a

¹⁸⁸ Amaro a Obregón, 21 de febrero de 1924, ACT-APEC, inv. 5407, exp. 120, f. 654.

¹⁸⁹ Taracena, *op. cit.*..., *décima etapa*, pp. 40-42.

¹⁹⁰ Obregón a Amaro, 21 de febrero de 1924, ACT-APEC, inv. 5407, exp. 120, f. 655-656.

¹⁹¹ El remolcador en el que salió Alvarado de Manzanillo partió a las 9 p.m. del 20 de febrero. Stephen E. Aguirre a Hughes, 23 de febrero de 1924, NAW 812.00/27107.

pesar de que casi de inmediato fue liberado, promovió en Guadalajara para él y sus compañeros, un amparo en contra de actos del Presidente de la República, mismo que insólitamente fue otorgado y notificado a éste. La airada respuesta presidencial habla por sí sola, es el “dios vengador” que no considera válida más que su propia ley: quedo enterado –decía–, “permitiéndome expresarle mi pena porque la justicia federal esté tan expedita para amparar a los traidores contra disposiciones que nadie ha dictado”.¹⁹² Lo que no dice es que no se habían dictado porque ya no había prisioneros. Todavía les sigue la huella en Mazatlán, sin suerte, pues su rastro estaba mucho más al sur.¹⁹³ Efectivamente, llegaron a Acapulco con la intención de unirse al general rebelde Rómulo Figueroa. Pero como éste negociaba en ese entonces su rendición, impidió que desembarcaran, debiendo salir de nuevo en un barco holandés que iba rumbo a Vancouver.¹⁹⁴ El militar sinaloense no quiso entender que el movimiento estaba finiquitado y todavía intentó otra aventura más en el Sureste, tomando la estafeta (o la mitad de ella) que le dejaba Adolfo de la Huerta. Obregón, en el caso de Anzaldo, procede como en Oriente con Eduardo Loyo: deja en libertad al pez chico para engullir al pez grande. Diéguez dirigió sus pasos a Guerrero, pero al enterarse de la rendición de Figueroa, siguió a Oaxaca donde Maycotte y García Vigil continuaban peleando.

Estrada abandona la lucha: desmoronamiento del movimiento

Después del triunfo en Morelia, la suerte cambió para Estrada. Derrotas y una sensación de llegar un instante tarde, o de enterarse de las cosas cuando éstas ya no tenían remedio. Del desastre de Ocotlán se enteró días después de que había sucedido, cuando su plan era atacar al enemigo en ese lugar; Diéguez, por 15 minutos, no había logrado interceptar el tren presidencial; después de Palo Verde buscó reunirse con Alvarado en Colima sólo para enterarse que Anzaldo los había traiciona-

¹⁹² Obregón a M. Palacios, 24 de febrero de 1924, AHDN-SA, f. 296.

¹⁹³ Obregón a J.M. Ferreira, 26 de febrero de 1924, *idem*, f. 297.

¹⁹⁴ Este barco salió de Acapulco el 23 de febrero, Pangburn a Hughes, 25 de febrero de 1924, NAW 812.00/27044.

do; rumbo a Michoacán se enteró de la rendición de otros jefes. El 9 de marzo, en los límites de Michoacán y Guerrero, se despidió de la gente que lo seguía, buscando salir del país.¹⁹⁵ Era gente de su estado mayor, a quien no le quedó otro camino que la rendición. Al presentarse ante Arnulfo R. Gómez, le dijeron que Estrada seguramente ya se había embarcado en Zihuatanejo. Pero Obregón tenía otra información: que el zacatecano, disfrazado de obrero, buscaba alcanzar por tren la frontera; ordenó a distintas jefaturas de operaciones ejercer una estricta vigilancia en trenes que fueran al norte, con empleados u oficiales que conocieran bien a este jefe.¹⁹⁶ La medida fue en vano, pues Estrada había llegado a Acapulco donde se embarcó en un petrolero de la Standard Oil. Esta vez la suerte estuvo de su lado, pues un marinero que se había emborrachado en tierra no había regresado cuando el petrolero tenía que zarpar. Con los papeles de este marinero el ex secretario de Guerra logró salir del país. Parece que además existió, por las simpatías y popularidad de que gozaba, complicidad para lograr su fuga; se dice que Cárdenas fingió perseguirlo cuando aquél andaba por los rumbos de Colima y Jalisco.¹⁹⁷ Para mayo de 1924, ya se encontraba en San Francisco, California. Le escribió a su novia devolviéndole su promesa matrimonial ya que ahora era un revolucionario derrotado. Antonia Cuesta no la aceptó y se trasladó a Los Ángeles, donde se casaron en 1925. Trabajó como obrero en la Standard Oil, pero al año siguiente intentó desde ahí iniciar una rebelión, pero fue apresado y juzgado por infringir las leyes de neutralidad de Estados Unidos. Justo cuando fue detenido, el joven dirigente de la Liga Nacional de la Defensa de la Libertad Religiosa, René Capistrán Garza, había llegado a Estados Unidos para entrevistarse con él, pues la Liga había decidido tomar las armas debido a la persecución religiosa del gobierno callista.¹⁹⁸

¹⁹⁵Taracena, *op. cit.*, *décima etapa*, pp. 29-56. Este autor también da la versión de que Estrada, buscando embarcarse en Acapulco, fue reclutado a la fuerza y llevado a la ciudad de México sin ser reconocido; en el primer momento que pudo desertó y salió por tren hasta la frontera con Estados Unidos, *idem*, p. 66. Coincidente con esta versión (aunque no indica que fuera reclutado) es la del aviador estradista José Fonseca, *Excelsior*, 19-20 de mayo de 1924.

¹⁹⁶Obregón a jefes de operaciones en Celaya, San Luis, Monterrey, Saltillo y Torreón, 17 de marzo de 1924, AHDN-EE, f. 499.

¹⁹⁷Sobre la fuga en el barco petrolero, entrevista con Enrique Estrada Cuesta. Sobre la posible complicidad de Cárdenas, Krauze, *General misionero. Lázaro Cárdenas*, FCE, México, 1992, p. 25.

¹⁹⁸Entrevista con Enrique Estrada Cuesta. Antonio Ríos Facius, *México cristero. Historia de la ACJM. 1925 a 1931*, Patria, México, 1960, pp. 123-125; Jean Meyer, *La Cristiada*, vol. 1, *La guerra de los cristeros*, Siglo XXI, México, 1994, pp. 72-73.

Cuando Lázaro Cárdenas llegó a la Presidencia emitió una ley de amnistía para aquellos que participaron en la rebelión delahuertista y en 1929 en la escobarista. Estrada, quien aprovechó su exilio para terminar sus estudios de ingeniería, se acogió a ella y disfrutó de la protección de su antiguo prisionero, pero no sólo eso, fue diputado y le dieron contratos para caminos.¹⁹⁹ A su hijo le contó la irónica casualidad de que en sus tiempos de exiliado había conseguido un empleo en el proyecto del camino Los Ángeles-Palo Verde. Cuando su otro ex prisionero llegó a la presidencia, Estrada fue electo senador y nombrado director de Ferrocarriles Nacionales. Se promovió su reingreso al Ejército con el grado que tenía al defeccionar (general de división). Pero poco después, el 3 de noviembre de 1942, murió de cáncer en la ciudad de México.²⁰⁰ Para beneficiar a su viuda, por acuerdo presidencial, a su hoja de servicios le añadieron los años en que estuvo de baja por rebelión. En su hoja anterior, por esa circunstancia, apenas sumaba 10 meses y en esta nueva alcanzó los 42 años.²⁰¹

Cárdenas fue un eficaz negociador para lograr la rendición de varios militares afines al estradismo. Por su conducto José Domingo Ramírez Garrido, quien se encargó de proporcionarle atención médica en Guadalajara, se rindió a Joaquín Amaro. Ramón Arnáiz, quien anduvo con Buelna, se rindió por gestiones que hizo ante Cárdenas.²⁰² De éste, Summerlin decía que “después de una serie de románticas aventuras, incluyendo su captura por los rebeldes y su subsecuente fuga, se sabe que ha arribado a México durante la semana trayendo con él a varios rebeldes rendidos”.²⁰³ La suerte, que parecía haber sonreído a Miguel Ulloa al lograr alcanzar la frontera, cambió para él cuando desapareció misteriosamente

¹⁹⁹Obtuvo el título en la University of Southern California en 1930. Sobre su regreso y datos de sus actividades en México véanse Luis González, *Historia de la Revolución mexicana. Los días del presidente Cárdenas*, vol. xv, El Colegio de México, México, 1981, p. 85; Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-INAH, México, 1994, p. 317.

²⁰⁰L. Ruiz a J. Zertuche, AHDN-EE, 3 de noviembre 1942, f. 646. Entrevista con Enrique Estrada Cuesta.

²⁰¹La primera hoja de servicios tiene fecha del 31 de octubre de 1942, AHDN-EE, f. 628-641. Su baja en el Ejército abarcaba del 9 de diciembre de 1923 al 17 de diciembre de 1941, lo que suman 18 años. Pero se le añaden 13 por haber iniciado la lucha revolucionaria en 1913 contra Huerta (en su hoja anterior se daba como año de inicio 1916); por encontrarse el país en guerra en ese momento, se le abona el doble de tiempo. La segunda hoja, 15 de abril de 1946, *idem*, f. 680-685.

²⁰²Ramírez Garrido a Obregón, 10. de marzo de 1924, AHDN-DRG, f. 495. Taracena, *op. cit.*, *décima etapa*, pp. 45, 48. Tiempo después Arnáiz llegó a residir en Tijuana, donde tenía una estación de radio. Entrevista con Enrique Estrada Cuesta.

²⁰³Summerlin a Hughes, 29 de febrero de 1924, NAW 812.00/27097.

–como Lucio Blanco– de El Paso, Texas, y fue encontrado muerto en las cercanías de Ciudad Juárez.²⁰⁴

En cuanto a las principales ciudades de Occidente, éstas fueron cayendo una tras otra en poder de los obregonistas; Guadalajara, el 12 de febrero, Morelia, el 19; Colima y Manzanillo, el 28.²⁰⁵ A su regreso de Guadalajara, Obregón declaraba que la rebelión estaba agonizante pero aún no liquidada, en alusión a las regiones Sur y Sureste de la República.²⁰⁶

Pacificación

La entidad que fue cuna de la rebelión en Occidente recibió con encontradas reacciones la entrada de los federales y la reinstalación del gobernador depuesto, José Guadalupe Zuno. Las clases propietarias creían que habría represalias y se les obligaría a hacer fuertes contribuciones; se decía que el arzobispo sería ejecutado. Por otra parte, se estimaba que con el reestablecimiento de comunicaciones con el centro se permitiría acceder de nuevo al libre intercambio de bienes, beneficiando al comercio y a la población en general.²⁰⁷ El general Cruz por su parte aseguraba que a su paso, la gente humilde, principalmente campesinos, vitoreaba a Obregón y a su gobierno.²⁰⁸ Un periódico pro-estradista de Colima calificaba a Zuno como un “mequetrefe” que traería desgracias al estado, pues “es casi seguro que haya iniciado la serie de venganzas que tenía proyectadas en unión de sus partidarios”.²⁰⁹ En la capital del país, el periódico *Excélsior* contribuyó a menoscabar la figura del gobernador.²¹⁰

Lo primero que hizo Zuno al entrar en Guadalajara, escoltado por algunos campesinos armados y precediendo la entrada de Cruz, fue dar

²⁰⁴ *La Prensa*, ciudad de México, 25 de agosto de 1926.

²⁰⁵ Taracena, *op. cit.*, *décima etapa*, pp. 29-47; Aguirre a Hughes, 25 y 28 de febrero de 1924, NAW 812.00/27037 y 812.00/27045.

²⁰⁶ Summerlin a Hughes, 23 de febrero de 1924, NAW 812.00/27056.

²⁰⁷ McConnico a Hughes, 11 de febrero de 1924, NAW 812.00/27033.

²⁰⁸ Cruz a Obregón, ACT-APEC(A), 12 de febrero de 1924, f. 904-905.

²⁰⁹ *La Revolución*, 14 de febrero de 1924, en NAW 812.00/27104.

²¹⁰ Se hablaba de que era inminente su renuncia, se criticaba la incautación de haciendas que realizaba, se le acusaba de haber facilitado armas a Rafael Buelna, de nepotismo, etcétera. *Excélsior*, 6 y 21 de marzo, 2, 9 y 14 de mayo de 1924.

un discurso contra los hacendados, el clero y, en general, las clases propietarias, amenazándolas con un castigo ejemplar. Al pueblo le prometió que las haciendas serían repartidas.²¹¹ Dos periódicos que reproducían bandos y noticias del gobierno rebelde en Guadalajara fueron confiscados y sus instalaciones dañadas seriamente. Con el pretexto de localizar armas, infinidad de casas fueron allanadas y robadas. Lo mismo por lo que se condenaba a los rebeldes, los préstamos forzosos, Zuno los llevó a cabo. También amenazó con la confiscación de las compañías de luz y de teléfono.²¹²

Las prácticas de saqueos disminuyeron paulatinamente, pero el gobernador no cejaría en su intento por tener una relación más independiente con el centro, y una manera era fomentando organizaciones obreras independientes de la CROM. Así, la hostilidad contra las compañías mencionadas se explica más debido a que sus sindicatos simpatizaban con esa central obrera que por mejorar las condiciones de los obreros.²¹³

Con respecto al reparto agrario, Tamayo y Romero han dicho que “Zuno aprovechó la coyuntura de la derrota del estradismo, dado que los terratenientes habían secundado el movimiento, para dotar a numerosos pueblos”.²¹⁴ Estos autores, así como han sobrevalorado la participación de agraristas armados por Zuno para combatir la revuelta, también han sobrestimado el reparto logrado por éste. Su radicalismo, como ya he señalado, fue más de forma que de fondo, y de ninguna manera puede compararse al desarrollado por Tejeda o Carrillo Puerto. En Jalisco, antes de estallar la rebelión, no existía un ambiente de tensión entre clases sociales como el que existía en Veracruz y Tabasco. Por eso mismo, el proceso de pacificación no fue tan traumático como en esas entidades. Esto, a pesar de que en Jalisco se sabía que las cámaras comerciales y los hacendados financiaron la revuelta. El Sindicato de Agricultores, asociación de medianos y grandes propietarios, aportó 100,000 pesos.²¹⁵ Sin embargo, cabe aclarar que algunas de estas contribuciones fueron forzosas. Por una disposición que obligaba al cobro anticipado de impuestos, (recaudada en diciembre) los rebeldes obtuvieron 2'000,000 de

²¹¹ Zuno entró en Guadalajara el 11. McConico a Hughes, 12 de febrero de 1924, NAW 812.00/27035.

²¹² Se trataba de la Compañía Hidroeléctrica e Irrigadora de Chapala y de la Compañía Telefónica Jalisciense. McConico a Hughes, 21 de febrero de 1924, NAW 812.00/27046.

²¹³ Carr, *op. cit.*, p. 198.

²¹⁴ Tamayo, *La rebelión estradista...*, p. 44.

²¹⁵ Informe de Leopoldo L. Gallardo, 28 de febrero de 1924, ACT-APEC, exp. 26, inv. 2198, f. 8-12.

pesos.²¹⁶ El apoyo de las clases propietarias al estradismo no fue unánime. Ciertamente que el gobernador Tolentino era respetado y reconocido por su ecuánime administración; sin embargo, la actitud de los hacendados comenzó a cambiar cuando éste fue removido con el fin de unir el mando civil al militar, designando gobernador al general Aureliano Sepúlveda.²¹⁷

Existen varios casos de hacendados a los cuales el gobierno estatal quiso afectar sus tierras acusándolos de participar en la rebelión. Uno de ellos, Gilberto Gómez, dueño de las haciendas de Huescalapa, Zapotitlán y El Carmen, se quejó con Obregón, se declaró inocente de haber proporcionado cualquier ayuda al estradismo, dándole éste la razón.²¹⁸ El presidente no mostró en Jalisco la animadversión que sí tuvo hacia los terratenientes de Veracruz.

También se quiso afectar, con acusaciones similares, a los ricos hacendados de Tequila, Luis y Eladio Sauza, aparentemente para beneficiar a unos amigos y aliados de Zuno, los hermanos Cuervo. Es muy claro que ésa fue la finalidad de la acusación y aprehensión de los Sauza, pues Malaquías Cuervo, haciéndose pasar por agente del gobierno federal, pretendió incautar las propiedades de aquéllos; en este caso, también la intervención presidencial liberó a los Sauza y sus propiedades, quienes negaron toda liga con el estradismo.²¹⁹ Aquí de nuevo los intereses políticos y económicos del gobernador parecían guiar la intención de afectar a las clases propietarias.

Una prueba de que la actitud real del gobernador era más conciliadora a la que hacía pública, es el siguiente telegrama que envía al presidente:

Con objeto de iniciar era de trabajo en Jalisco, he pensado procurar acercamiento entre comunidades y hacendados sobre base reconocimiento de los derechos de unos y otros, siempre que los primeros sean laboriosos y que los segundos cedan las tierras dadas a las comunidades. Así obtendré aliviamiento de la deuda agraria y una floreciente reanudación de las actividades, pues estoy seguro de que con intervención de algunos propietarios

²¹⁶ McConnico a Hughes, 7 de enero de 1924, NAW 812.00/26797.

²¹⁷ Tomó posesión el 15 de enero, McConnico a Hughes, 19 de enero de 1924, NAW 812.00/27069. Sobre el descontento que ocasionó el nuevo gobernador, *idem*, y Ulloa, *op. cit.*, pp. 33-36.

²¹⁸ Obregón a Zuno, 19 de marzo de 1924, ACT-FAO, exp. 99, inv. 4636, f. 1.

²¹⁹ AGN, 101-R2-D2, abril-mayo de 1924. Zuno reconoce su amistad con los Cuervo y ser enemigo de los Sauza en *Reminiscencias de...*, *op. cit.*, p. 143; también véase Monroy, *op. cit.*, p. 283.

amigos del gobierno alcanzarse una cooperación que será de buenos resultados para agraristas y hacendados, pues éstos ofrecen facilitar animales de trabajo y otros elementos a cambio de tranquilidad negocios. Antes de continuar mis gestiones me permito solicitar su opinión que seguiré en todo caso.²²⁰

Las ideas anteriores se parecen más al discurso de reforma social que promovía la Iglesia en ese tiempo, el cual hablaba de armonizar los intereses de campesinos y hacendados, que al radicalista que tanto se le atribuía.²²¹

Otra diferencia notable con respecto a otras regiones, fue la postura de Zuno ante la rebelión armada. Tejeda, Carrillo Puerto y Garrido Canabal tuvieron que salir huyendo para no caer en manos de las fuerzas infidentes. En cambio, Zuno permaneció en la entidad sin ser molestado por las fuerzas de Estrada. Este hecho provocó la sospecha sobre una supuesta connivencia entre el jefe militar y el gobernador. Esta versión fue difundida por Morones y gente allegada a él. Nunca se logró probar y fue más un arma política para desprestigiarlo. Una explicación más razonable es el carácter de la propia rebelión en Jalisco. No existía un resentimiento exagerado en las clases propietarias por las acciones del gobernador; éste ni siquiera contaba con fuerzas rurales a su servicio como otros gobernadores, para garantizar la dotación de tierras y/o proteger a comunidades campesinas. El acendrado catolicismo de la entidad influyó en la actitud de los propios campesinos con respecto al reparto agrario. En muchas ocasiones, tanto en Jalisco como en Michoacán, los campesinos rechazaban las dotaciones otorgadas por el Estado.²²² En ocasiones, a quienes recibían dotaciones de tierras la Iglesia los presionaba cobrándoles diezmos y primicias.²²³ Lo mismo puede decirse de las organizaciones obreras católicas, las cuales tenían gran poderío en la entidad.²²⁴ El arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, fue

²²⁰Zuno a Obregón, 23 de agosto de 1924, ACT-AFT, exp. 28, inv. 5993, f. 71-72. No viene respuesta de Obregón.

²²¹Sobre la acción social de la Iglesia Católica véase Robert E. Quirk, *The Mexican Revolution and the Catholic Church 1910-1929*, Indiana University Press, Bloomington, 1973, p. 128.

²²²Friedrich, *op. cit.*, pp. 116-117.

²²³Marte R. Gómez, *op. cit.*, p. 265.

²²⁴Sobre ellas, y en general sobre los antecedentes del conflicto cristero en Jalisco véase Alicia Olivera Sedano, *Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929. Sus antecedentes y consecuencias*, INAH, México, 1966, pp. 71-83.

acusado de “bendecir la espada de Estrada” y apoyarlo con dinero, cargos que desmintió. Lo mismo se diría de él durante la guerra cristera, pero Jean Meyer ha mostrado que el arzobispo siempre se opuso a la vía de las armas.²²⁵ Las solicitudes de tierras en Jalisco durante 1924 fueron sólo 37, mientras que en el mismo lapso en Veracruz fueron 102, dato que nos sirve para comparar la diferencia de cómo se trató el problema agrario en ambas entidades durante la pacificación.²²⁶ Los campesinos que lucharon al lado del gobierno fue por tierras (o la promesa de ellas), no porque fuesen partidarios furibundos de Obregón o de su candidato; por lo mismo, si no se dio un reparto significativo en Jalisco al acabar el movimiento, es que los agraristas, tan magnificados por Zuno y por los historiadores que lo han enaltecido, tuvieron en realidad una participación muy pequeña durante esta guerra civil.²²⁷ En realidad, pudo haber sido más importante la participación de grupos campesinos católicos del lado rebelde, aunque de ninguna manera tan nutrida como durante la guerra cristera, pues finalmente se trató de una lucha entre militares que se llevaron entre las patas a muchos inocentes, de uno y otro lados.

La rebelión en Occidente, entonces, tuvo más el carácter de una asonada militar. Estrada nunca intentó establecer un “gobierno *de facto*” como De la Huerta. Se limitó a desconocer al gobierno de Obregón sin lanzar a la nación ningún Plan de Guadalajara o cosa que se le pareciera.²²⁸ Estrada reconoció tácitamente a De la Huerta como Jefe Supremo y así lo llamaba en los telegramas que le enviaba, aunque seguramente hubiera estado muy lejos de darle su apoyo en caso de triunfar. De hecho, lo reconoció hasta que aquél abandonó la condición de candidato,

²²⁵Taracena, *op. cit.*..., *décima etapa*, p. 49. Meyer, *La Cristiada*, *op. cit.*, vol. I, pp. 22-23.

²²⁶Hans Werner Tobler, “Los campesinos y la formación del Estado revolucionario, 1910-1940”, en F. Katz, *Revolución, rebelión y Revolución*, vol. II, Era, México, 1990, p. 160.

²²⁷Como las obras ya citadas de Tamayo y Romero, *La rebelión estradista*...; o la tesis de Fidelina Llerenas “El levantamiento delahuertista. Cuatro rebeliones militares regionales” (tesis de licenciatura, Universidad de Guadalajara, 1993, 169 pp.) después convertida, casi idéntica, en libro pero apareciendo como segundo autor Jaime Tamayo, *El levantamiento delahuertista. Cuatro rebeliones y cuatro jefes militares*, Universidad de Guadalajara, Zapopan, 1995.

²²⁸A un dirigente agrarista y presidente municipal de Teocuitatlán, Jalisco, los estradistas le decían que “la actual revolución se ha propuesto dar e impartir toda clase de garantías a las comunidades agrarias, porque malamente nuestros enemigos la quieren aparecer como una revolución en contra del proletariado cuando en verdad sólo tiene intención de derrocar a Obregón y su imposición que han conculcado los postulados de la Revolución.” F. Valencia a Miguel Ramos, 20 de diciembre de 1923, AGN 101-R2-D2. Los que acusaban a Zuno aludían que éste había escrito una invitación parecida al presidente municipal de Teocuitatlán para que se uniera al estradismo. Informe de Leopoldo L. Gallardo, 28 de febrero de 1924, ACT-APEC, exp. 26, inv. 2198, f. 8-12.

con el argumento de que una imposición no se combate con otra.²²⁹ Él mismo, no es de dudarse, hubiera buscado la Presidencia, o en su defecto la de su hermano Roque; además, de su lado tenía a Diéguez y Alvarado, militares con desmesuradas ambiciones de poder, sólo comparables a las de Obregón, que hubieran hecho lo imposible por adjudicarse la gloria del triunfo. Si bien nunca hubo una estrecha colaboración con Veracruz, cuando menos en el frente occidental no existieron las diferencias que había en Oriente, mismas que frustraron todo intento por tomar la ofensiva, convirtiéndolo en un frente pasivo, a la expectativa. En Occidente sí hubo una cabeza visible y con talento militar (Estrada, Alvarado, Diéguez, Buelna) del cual careció, con sus excepciones, la rebelión en Veracruz, justamente denominada “La rebelión sin cabeza”.

Obregón, a pesar de la acusación contra Zuno por haber colaborado con el estradismo, lo apoyó durante el resto de su administración; y lo hizo muy probablemente porque las acusaciones venían de quien se vislumbraba como principal enemigo del sonoreense: Luis N. Morones. Presidente y gobernador compartían así el odio hacia este líder que se perfilaba como personaje principal de la futura administración.

Momentos antes de que Calles rindiera protesta como presidente, cuenta Zuno que al acercarse a saludar a los dos sonorenses, a Obregón le rogó que en su inminente viaje a Sonora, donde pensaba dedicarse a labores agrícolas y a los negocios, no dejara de avisarle la fecha de su salida para que al pasar por Guadalajara los grupos obreros y campesinos del estado le dieran una gran recepción; en eso se dio cuenta del grave error político que estaba cometiendo y procuró corregir invitando también a Calles a ir a la capital tapatía. De éste decía:

Lo había conocido de muchos modos: contento, indiferente, enojado, mustio y cansado, y siempre había logrado entenderme con él; pero en aquella ocasión, el hombre perdió los estribos completamente. Levantándose de su asiento se dirigió a donde Obregón y yo estábamos y alzando la mano derecha violentamente sobre él, golpeándolo con el dorso en su pecho y diciéndolo furioso:

—¿De manera que usted, Zuno, es de los que creen que éste se me vuelve de Manzanillo...? Pues está usted equivocado. El aspecto saludable y ale-

²²⁹Declaraciones a *Restauración*, 14 de enero de 1924, citado en Tamayo, *La rebelión estradista...*, p. 54.

gre del general Obregón, verdadero triunfador de aquel episodio político, cambió instantáneamente ante la agresión del favorecido Calles. La frente del Manco se arrugó en un gesto de indignación; pero no perdió la serenidad ni dijo una sola palabra. Ya Calles, fatigado por el dramático desahogo, se alejaba un tanto de nosotros con los brazos caídos y la faz cadavérica, cuando yo, haciendo un esfuerzo por terminar aquella situación tan difícil, le di la espalda y dije a Obregón:

—¿Verdad, general Obregón, que usted y yo no hemos supuesto nada?

—No, Zuno.²³⁰

En ese tiempo, el camino para ir o venir de Sonora debía hacerse por barco, de Manzanillo a Mazatlán. La alusión de Calles era la supuesta fiscalización que Obregón ejercería en el próximo gobierno, viajando a la ciudad de México. Más allá de lo anecdótico está la diferencia, la desconfianza que ya desde ese momento existía entre ambos sonorenses; Calles sabía que la pacificación lograda por Obregón le había allanado el camino a la Presidencia, de ahí su enojo a reconocer que por ello éste podría interferir en su naciente administración. Calles tenía a Morones y su organización obrera como arma política en contra del Caudillo; de ahí el odio de Calles hacia Zuno pues éste lo combatía con sus mismas armas: las organizaciones obreras, y, por si fuera poco, las ponía a disposición de un inquieto y ambicioso agricultor de Sonora.

²³⁰Zuno, *op. cit.*, p. 151.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS